

Heráclito y su filosofía de los contrarios

Monografía

Juan Sebastián Oviedo Albarán

Presentado a:

Román Santiago Artunduaga Narváez

Universidad Nacional Abierta y a Distancia-UNAD

Escuela de Ciencias de la Educación-ECEDU

Ibagué, 5 de mayo de 2022

	Resumen Analítico Especializado
Título	Heráclito y su filosofía de los contrarios
Modalidad de trabajo de grado	Monografía
Línea de investigación	Filosofía y Educación
Núcleo problémico	La realidad como tema de estudio de la filosofía y la teoría de los contrarios de Heráclito como posible explicación a las leyes del universo
Autores	Juan Sebastián Oviedo Albarán
Institución	Universidad Nacional Abierta y a Distancia
Fecha	5 de mayo de 2022
Palabras clave	Heráclito, filosofía, contrarios, realidad, logos, theos, pyr.
Descripción	Introducción Justificación Definición del problema Línea de investigación Objetivos Marco teórico Aspectos metodológicos Discusión Conclusiones Recomendaciones Bibliografía
Fuentes	<p>Antología. Historia de la filosofía: Las citas de Heráclito son la principal fuente de la investigación, pues a partir de este se deriva toda la teoría de los contrarios.</p> <p>Dios, logos y fuego en Heráclito Entrelaza el pensamiento de Heráclito a partir de los tres conceptos elementales que tienen mayor presencia en las citas estudiadas, por lo que se puede hablar de un pensamiento uniforme heracliteo.</p> <p>La teología de los primeros filósofos griegos: Se exploran diferentes perspectivas de la teología para evidenciar la idea de divinidad cercana a la naturaleza y los fenómenos del universo.</p>
Contenidos	Realidad:

Se realiza un análisis del concepto de realidad, haciendo un repaso por los conceptos del *logos*, *theos* y *pyr* que sirven como fundamentación teórica para la tarea de la filosofía en la condición humana

Heráclito:

Revisión exhaustiva de las citas de Heráclito para poder forjar una idea de su pensamiento, remitiendo a los conceptos previamente estudiados y articulándolos con sus demás ideas, para llegar a la explicación de la teoría de los contrarios

Contrarios:

Se presentan algunos ejemplos de la aplicación de la teoría de los contrarios a la realidad, tales como el orden y el caos, el *Eros* y el *Tanathos*, la luz y la oscuridad y el algo y la nada, que funcionan a manera de conceptos como diadas filosóficas que entran en perfecta armonía con el pensamiento de Heráclito.

Metodología

Se utiliza el análisis documental, en la medida que se realiza el estudio de fuentes de información directa, como lo son las citas heracliteas traducidas por Buch (2008) *Antología: Historia de la Filosofía. Filosofía Antigua.*, así como el artículo de Aguilera (2014) *Dios, Lógos Y Fuego en Heráclito* y el libro de Jeager (1952) *La teología de los primeros filósofos*, así como griegos elementos expuestos en la cultura popular, tales como libros, poemas y películas.

Conclusiones

La teoría de los contrarios demuestra tener perfecta aplicación en nuestro mundo como explicación de la realidad, pues más allá de meras consideraciones hipotéticas, las diadas filosóficas condicionan gran parte de la actividad y el movimiento de lo que existe en la realidad.

Referencias

AGUILERA QUIROZ, S. (2014). *Dios, Lógos Y Fuego en Heráclito*. *Byzantion Nea Hellás*, 33, 11–27.

Aragüés Aliaga, R. (2021). Una ruta de Kant a Hegel. Destino: ¿McDowell? *Revista de Filosofía*, 46(2), 355–371.

Araya-Moreno, C. (2016). *Escritura binaria, felicidad y juego en la filosofía de Leibniz*. *El origen teológico del código*

binario de Leibniz. *LifePlay: Revista Académica Internacional Sobre Videojuegos*, 5, 17–41.

Buch, S. R. M. (2008). *Antología: Historia de la Filosofía. Filosofía Antigua*. La Habana, Cuba: Editorial Félix Varela.

Garagalza, L., Marder, M. y Ortiz-Osés, A. (2019). Las raíces de la physis. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 24, 67-75.

Jaeger, W. (1952). *La teología de los primeros filósofos griegos*. CDMX: Fondo de Cultura Económica.

Lozano, V. (2005). El orden del mundo y su explicación analógica en Aristóteles. *Espíritu: Cuadernos Del Instituto Filosófico de Balmesiana*, 132, 331–348.

Mesa, J. (2009). Del mito al logos y el origen del concepto de physis. *Revista Katharsis*, 8, 111-132.

Neumann, H. (2009). Intensidad y realidad. A propósito de dos conceptos centrales de la filosofía de Kant. *Thémata. Revista de Filosofía*. Número 41.

Tabla de contenido

Introducción	7
Justificación	8
Definición del Problema	10
Línea de Investigación	11
Objetivos	12
General	12
Específicos	12
Marco Teórico	13
Aspectos Metodológicos	16
Análisis documental:	16
Discusión	19
El concepto de la realidad	22
<i>Logos.</i>	26
<i>Pyr.</i>	28
<i>Theos.</i>	29
Heráclito	30
<i>Logos</i> en Heráclito.	32
<i>Theos</i> en Heráclito.	39
<i>Pyr</i> en Heráclito.	43
Contrarios	58
Orden y caos.	60
<i>Eros</i> y <i>Tanatos</i> .	69
Luz y Oscuridad.	91
El algo y la nada.	102
Aplicaciones.	106
Arte.	106
Música.	107
Arquitectura.	109
Escultura.	110
Otras aplicaciones.	111
Lógica.	111
Braille.	112

Código Morse.	112
Conclusiones	113
Recomendaciones	116
Referencias	117

Introducción

El presente escrito busca explorar la teoría de los contrarios establecida por Heráclito y evaluar en qué medida esta puede ser aplicada a la realidad.

Empezamos por una definición que intenta determinar aquello que concebimos como la realidad, a partir de diferentes aportes por los pensadores a lo largo de los siglos, basados en tres términos de calidades eminentemente filosófica: el *logos*, el *theos* y el *pyr*.

Posterior a esto enunciamos algunos aspectos relevantes para abordar los postulados realizados por Heráclito, a partir de máximas que se conocen de él, y como estas entran en una relación sinérgica en lo que se puede considerar como un sistema filosófico propio del pensador. A partir de esto vemos como Heráclito tiene su propia forma de abordar los 3 términos de *logos*, *theos* y *pyr* de acuerdo a su propia percepción.

A continuación, se entra a revisar de lleno lo que se conoce como la teoría de los contrarios, en la cual la totalidad de aquello que concebimos como realidad estaría compuesta por fuerzas opuestas que están eternamente destinadas a entrar en conflicto y que dotan al universo mismo de movimiento.

Finalmente, se realiza una revisión de diferentes fenómenos con características opuestas que pueden ser enmarcados dentro de la teoría de los contrarios, como son: orden y caos, *Eros* y *Tanathos*, luz oscuridad y el algo y la nada.

De esta manera se demuestra que más allá de una teoría aislada de la realidad, los contrarios se encuentran presentes en nuestro entorno y tienen incidencia concreta sobre nuestro universo y configuran las bases esenciales del cosmos.

Justificación

La cuestión de la realidad ha sido un tema que se ha abordado en diferentes escenarios de la historia por un gran número de pensadores, pues resulta ser un punto de discusión de gran importancia al reunir diferentes percepciones de la definición misma del universo.

En este dilema el ser humano resulta estar profundamente implicado, pues este es el único ente que cuenta con una conciencia suficiente de su existencia como para preguntarse por aquello que se encuentra dispuesto a su alrededor, pero además de esto, la pregunta por la realidad viene a ser también una definición por el lugar del hombre en el universo, pues una vez que se establezcan principios básicos para la definición de su entorno, el ser humano encontrará mejores herramientas para ubicarse en el cosmos.

La definición de la realidad resulta ser un eje problemático puesto que no podemos saber hasta qué punto nuestra percepción está siendo alterada, pues al contar con unos fuertes lazos sensitivos con nuestro entorno puede que lleguemos a basar nuestra idea de la realidad atendiendo meramente a eventos aparentes, por lo que resulta ser de vital importancia imprimir en cada experiencia elementos de carácter crítico para apelar en lo posible a teorías dotadas de un alto grado de veracidad.

Ahora bien, las definiciones de la realidad, como suele ser común con temas profundamente filosóficos, tienden a ser relegados a un espacio secundario en la atención de las personas, pues pareciera estar referido a un escenario muy lejano que carece de aplicaciones prácticas en las dinámicas del mundo, sin tener en cuenta que es gracias a la existencia misma de la realidad que se puede erigir todas las interacciones y actividades que se pueden desarrollar actualmente, pues es la encargada de configurar las normas por las que se rige el universo entero.

Por esta razón resulta menester volver a las bases que configuran nuestra presencia en el cosmos, pues podrían dar alguna pista para aliviar el espíritu humano que se encuentra tan afectado actualmente, logrando una reconexión del hombre con aquello que lo rodea, con la naturaleza, con el universo, y sobre todo, consigo mismo.

Definición del Problema

Heráclito, un pensador presocrático, habría de establecer hace varios siglos lo que se configuraría como una de las teorías más influyentes para la configuración de la realidad, atribuyendo que esta funciona a partir de fuerzas contrarias que están destinada a entrar en conflicto para equilibrar entre si las cargas del universo y dotar de movimiento a todo lo que existe.

Pero esta pareciera estar alejada de la realidad, sin ejemplos claros que demuestren su aplicación a nuestro mundo.

Por ello vale la pena plantear la pregunta:

¿De qué manera se puede relacionar la teoría de los contrarios de Heráclito con la realidad del ser humano?

Línea de Investigación

Filosofía y Educación

El presente escrito tiene una fuerte carga filosófica, pues al remitir la temática de la realidad se apela a una de las temáticas más antigua y por tanto más discutidas a través de la historia intelectual de la humanidad. Esto resulta particularmente evidente a la hora de analizar un pensador tan antiguo como lo es Heráclito, quien a partir de un método de observación fuera capaz de llegar a conclusiones tan centradas en la razón.

Si bien el punto educacional no se encuentra particularmente presente en el escrito, este tiene aplicaciones eminentemente académicas y que más allá de establecerse en la inscripción en un currículo formal llega a trascender la condición humana.

Temática abordada por la línea:

Antropología del sujeto cognoscente.

Objetivos

General

- Demostrar la aplicabilidad de la teoría de los contrarios postulada por como explicación de la configuración de la realidad.

Específicos

- Presentar el problema de la realidad y la pertinencia de la filosofía para abordarlo.
- Examinar los postulados de Heráclito, desde el *logos*, *theos* y *pyr*, así como el conflicto como fuerza suprema y la teoría de los contrarios.
- Aplicar la teoría de los contrarios de Heráclito a través de ejemplos insertos en la realidad.

Marco Teórico

Los escritos de Heráclito llevan varios siglos transitando por la conciencia de la humanidad, por lo que no resulta extraño que cada tanto algún pensador se tome la tarea de analizarlos y tratar de desentrañar sus misterios. Aunque en un principio esta parecería una actividad superflua, pues podría pensarse que difícilmente se encontrarán nuevas interpretaciones al mismo texto, en realidad cada autor logra acrecentar su significado al encontrarse en un momento y lugar específico, por lo que su experiencia habrá de enriquecer la inteligibilidad del texto al aportar nuevas perspectivas para la lectura de los mismos.

Por esta razón, atenderemos inicialmente a Heráclito como fuente principal para el desarrollo del escrito, desde la traducción que Buch expone de las citas de heracliteas, expresadas a partir de máximas recopiladas. Estas logran dar la idea de una filosofía propia del autor, pues más allá de meros pensamientos aislados estos se complementan de manera sincrónica al seguir un ideal consciente que lleva impresa la marca del pensador.

Ahora bien, al realizar una primera lectura de las citas encontraremos que resulta prácticamente inevitable entrelazar su pensamiento a partir de tres grandes conceptos griegos, como lo son el *logos*, el *theos* y el *pyr*, pues estos resultan ser los temas más recurrentes en su discurso y son absolutamente necesarios para el desarrollo de las temáticas ulteriores.

En este punto apelaremos a Werner Jaeger y Sebastian Aguilera Quiroz como autores que se toman el trabajo de estudiar las citas de Heráclito con el fin de develar aspectos importantes de su pensamiento. Por una parte, Aguilera (2014) sostiene que “El pensamiento filosófico de Heráclito posee innumerables aristas desde las que puede ser abordado. Pero es innegable el peso que tienen los conceptos de *theós*, *lógos* y *pÿr* dentro de su “sistema”. (p. 11).

Las citas de Heráclito suelen orbitar alrededor de estos tres conceptos, pues contienen una inmensa carga filosófica y sirven de elemento unificador para comprender el pensamiento heracliteo en un solo sistema.

Al introducirnos en los conceptos concretos, Aguilera (2014) especifica con respecto al *logos* que “tiene que ver con que *λόγος* en Heráclito apunta a un principio metafísico que rige el devenir del universo y por ello, podría pensarse como ley del universo” (p.13).

Al pensar el *logos* como un elemento de propiedades universales, vemos que el pensamiento de Heráclito se muestra como un campo fértil para entrar a discutir temas fundamentales que datan de las bases de la realidad, por lo que en el desarrollo de sus estudios nos encontraremos con conceptos de igual importancia que este.

Igualmente, Aguilera (2014) considera respecto al *theos* de Heráclito que sus ideas se dirigen en un sentido específico, en el cual “Es destacable, en primer lugar, el estatus ontológico en el que Heráclito coloca al *θεός*, por lo que debemos revisar a grandes rasgos el conjunto de fragmentos” (p.16)

El concepto de *theos* jugará un papel esencial para la comprensión del pensamiento del autor que estudiamos, puesto que, a partir de su concepción teológica, habría de cobrar sentido muchas de las apreciaciones respecto al universo que tiene que ver con su conexión con los elementos de la realidad.

En un sentido cercano, Jeager (1952) asocia el sentido del *theos* con una fuerza fundamental llamada a la constante transformación como “Esta cosa única que se afirma permanentemente en medio de la lucha y del cambio es lo que Heráclito llama Dios.” (p.121)

El mismo concepto de *theos* nos da pistas de algunas de las ideas esenciales del pensamiento de Heráclito como los son la transmutación de los elementos y el flujo de las cosas,

que habrán de acompañar el camino de la unificación de pensamiento para poder hablar de una filosofía heraclitea.

Por otro lado, vemos que le *pyr* tiene connotación que sobrepasa lo teórico y se afina en lo materia, a lo cual Aguilera (2014) comenta que “Heráclito identifica el fuego, elevándolo a la categoría de principio universal constitutivo de todo, con el mundo, eternizando, además, su esencia” (p.15).

El *pyr* será uno de los puntos de estudio más recurrentes al establecer un nexo entre la teoría y su referencia al mundo material, pues su relación con el fuego suele llevar tanto una carga simbólica como física, al expresarse como idea y en su estado tangible.

Eventualmente, tendremos oportunidad de ver la manera como estos conceptos entran a funcionar de manera lógica y consecuencial en función de la teoría de los contrarios, tema que Jeager (1952) sintetiza de la siguiente forma “Central en el pensamiento de Heráclito es la doctrina de la unidad de los contrarios. Aquí resultan especialmente patentes las relaciones entre los distintos lados de su filosofía” (p. 119).

Finalmente, y casi de manera irrevocable, llegamos al culmen del pensamiento heracliteo al exponer la teoría de los contrarios, en la cual entrarán a funcionar de manera sinérgica todos los conceptos previamente estudiados para dotar de sentido las ideas aquí expuestas.

Todos estos conceptos entraran a ser estudiados a profundidad en la sección correspondiente específicamente a Heráclito y su pensamiento, haciendo un análisis de cada una de sus máximas y relacionándolas de manera atenta para el entendimiento de una filosofía propia del pensador.

Aspectos Metodológicos

Análisis documental:

Consiste en la revisión de aspectos teóricos referidos específicamente al problema planteado, realizando el estudio del material documental disponible en las diferentes bases de datos expuestas para la investigación, tales como libros y artículos de diferentes autores que permitan obtener un mayor entendimiento de la temática abordada.

De acuerdo con Pirela & Peña (2007) “el análisis documental constituye un proceso ideado por el individuo como medio para organizar y representar el conocimiento registrado en los documentos, cuyo índice de producción excede sus posibilidades de lectura y captura” (p.59).

Por ello aquel que busca realizar el análisis documental debe asistir a esta técnica de una manera crítica, en la medida que se abstrae del material con que se cuenta las ideas que resultan más relevantes para el proceso investigativo que se lleve a cabo, con el fin de puntualizar en los aspectos que guardan mayor relación con el tema estudiado.

En este sentido, debemos ser conscientes de que el análisis documental cuenta con al menos tres grandes aspectos que deben ser tenidos en cuenta, pues Pirela & Peña (2007) comentan que “en él se encuentran involucrados los componentes de la tríada documento – sujeto – procesos, los cuales se afectan mutuamente y generan un entramado de relaciones en las que intervienen las características y particularidades de cada uno de ellos” (p.56).

Allí encontramos diferentes momentos, en el que primero existe un acercamiento al documento desde una perspectiva formal, en la medida que nos encontramos con el documento en sí; pero este debe ser estudiado por un ente que cuenta con una capacidad crítica que le permita aprehender los aspectos más relevantes del mismo, por lo que el papel del sujeto resulta fundamental para llevar al cabo el proceso; finalmente vemos que la cantidad de estudios lleva a

cabo un proceso que permite la continuidad de la temática, enriqueciendo las perspectivas a portadas por cada uno de los investigadores y actuando en pro del conocimiento mismo.

Ahora bien, resultaría contraproducente estudiar los documentos de manera aislada, es decir, sin tener en cuenta el contexto en el cual son generados, por lo que según Pirela & Peña (2007) “es necesario ahondar en las motivaciones e inclinaciones de los autores de las informaciones, sus formas de percibir la realidad, sus inclinaciones afectivas, ideológicas, cognitivas” (p.57).

Por esta razón resulta imperativo conocer de manera cercana al autor de la obra, puesto que esta información nos puede dar indicios claves a la hora de interpretar el texto y comprender el enfoque de los documentos para interpretar de manera adecuada el sentido del escrito, con el fin de aplicar de manera correcta los ideales y motivaciones del autor al proceso investigativo.

En ese sentido, en el presente escrito se hace particular énfasis en las citas de Heráclito que dan a entender en funcionamiento de su propio sistema filosófico y exploran diferentes temas que se complementan en una misma línea de pensamiento, por lo cual es menester entender sus citas de manera sincrónica y funcional para poder establecer un eje esencial que fundamente sus teorías y sistema de pensamiento.

Además de esto, particularmente en la segunda mitad del documento, se hacen referencias a elementos insertos en la cultura popular, tales como libros, poemas, películas y series, que más allá de servir como un referente académico servirá para identificar la manera en la que los fenómenos aquí evaluados se expresan en el mundo real.

En esta parte el concepto de obra o escrito se extiende hacia elementos insertos en la cultura que nos permiten realizar una lectura no textual, en la que a partir de nuestra calidad

innata de interpretación debemos realizar un análisis específico de los recursos que se encuentran en nuestro alrededor de maneras alternativas a la palabra escrita.

De esta manera el análisis documental resulta ser una metodología adecuada para el desarrollo del presente trabajo, pues los recursos bibliográficos disponibles requieren un análisis crítico para dar continuidad al proceso de conocimiento y enriquecer la calidad teórica de los escritos.

Discusión

Había una vez dos peces jóvenes que iban nadando y se encontraron por casualidad con un pez mayor que nadaba en dirección contraria; el pez mayor los saludó con la cabeza y les dijo: «Buenos días, chicos. ¿Cómo está el agua?». Los dos peces jóvenes siguieron nadando un trecho; por fin, uno de ellos miró al otro y le dijo: «¿Qué demonios es el agua?» (Foster Wallace, 2014, pp.9-10).

Los seres humanos, confiados en nuestra capacidad racional, tenemos la ingenua percepción de que contamos con una contestación a cada pregunta que se presenta en nuestro entorno, pues, en teoría, bastaría con trasladar cualquier elemento al plano de las ideas para descifrar los componentes y funcionamiento de cada cosa que existe.

Guiados por dicho pensamiento, llegamos a percibirnos como los seres intelectualmente más competentes que habitan la tierra, e incluso, llegar a reconocernos como seres sabios, capaces de conocer la respuesta a cada enigma que acontece en el devenir del mundo, sin tener presente nuestro exceso de ignorancia sobre temas absolutamente fundamentales.

Todos creemos tener cierta idea de lo que somos, lo que hacemos, lo que decimos y lo que pensamos, y llegamos a justificar dichas ideas con criterios perfectamente válidos y personales; pero cuando empezamos a indagar sobre cuestiones que trascienden nuestra percepción personal, alcanzamos a tantear lo limitado de nuestros conceptos.

Probablemente algunas de las preguntas más apremiantes que afanan a la humanidad sean aquellas que aluden a la existencia misma, tales como: ¿de dónde venimos? ¿qué somos? ¿hacia dónde vamos? ¿existe algo en verdad? Preguntas que apuntan en direcciones aparentemente contrarias, pero llegan a reunirse en la extensión propia de un solo concepto: la realidad.

Entendemos el mundo como aquellas experiencias que percibimos, y llegamos a erigir toda una idea de lo que existe sobre lo que escuchamos, leemos e interpretamos de las versiones de otras personas, lo que fácilmente podría llevarnos a un espiral innumerable de conocimientos encontrados, ayudándonos a definir el mundo en la propia medida de lo que percibimos y entendemos. De no actuar con cautela y aplicar de manera precisa los elementos a nuestra disposición, el océano de la existencia se nos presenta como un ente inabarcable, inconmensurable e indomable, por lo cual no es extraño que muchos peces terminen nadando en este vasto mar sin llegar a preguntarse qué es el agua.

Ahora bien, continuando con la analogía, el océano vendría a representar el plano de la existencia que actualmente habitamos, en el cual nos movemos todos los días, establecemos relaciones interpersonales, interactuamos con el ambiente, analizamos hechos pasados y prevemos acontecimientos futuros, tal vez sin la conciencia plena que dichos eventos lleguen a representar en un orden de prioridades, puesto que estamos normalmente afanados por condiciones mucho más físicas y aparentemente apremiantes, como procurarnos el pan diario.

A partir de dicho estamento, la mayoría de las personas no llegan más que una vez en su vida a preguntarse lo que es la filosofía, acercándose con una mirada cargada de extrañeza a una serie de conceptos e ideas que parecen estar lejanas a su entendimiento y preocupación, por lo que resulta más sensato atender lo urgente, trabajar, recoger a los niños, ver las noticias, entre otras. Sin embargo, al final del día, no estamos tan ajenos al mundo de la filosofía como podríamos pensar en un primer momento, pues a lo largo de nuestro desarrollo como seres humanos, nos encontramos con situaciones que nos dirigen a la comprensión de conceptos que suelen pasar desapercibidos, o mejor, a ser conocidos por otros nombres.

En el área del desarrollo personal vemos que la construcción de cada persona como ser, a la vez singular y colectivo, depende tanto nuestra propia percepción de lo que somos a nivel individual, hasta la forma en la que nos relacionamos con las demás personas. En ese sentido, todo aquello que hacemos, decimos y pensamos se derivan de una comprensión de aquello que somos y sentimos en nosotros mismos, situación que se vicia con regular facilidad por intereses ajenos a los nuestros. En este punto atendemos directamente al área de la ontología, rama de la filosofía que se encarga del estudio del ser.

En un campo que sobrepasa los elementos materiales del universo, se extienden aquellas cosas que se escapan de nuestra percepción empírica y sensorial, por lo que, atendiendo al reino de la metafísica, se trasladan aquellos asuntos que refieren temas como el alma, la existencia de dios, el origen del universo, entre otros. Vale la pena destacar que de la percepción que tengamos, en mayor o menor medida, de los temas que se relacionan con la metafísica, está condicionada nuestra percepción con la realidad y la forma en la que nos movemos al interior de esta, desde la forma en que nos relacionamos con todo aquello que conocemos en el universo.

Ahora bien, para lograr manipular con cierto grado de precisión dichos temas es necesario trasladarlos a conceptos, que, si bien no son tan fáciles de percibir como los elementos físicos, permiten un mejor entendimiento de los mismos, por lo que se crea un sistema de signos codificados que nos permitan interiorizar y comprender dichos conceptos, tarea atribuible al lenguaje, más concretamente, filosofía del lenguaje.

Partiendo de nuestras capacidades racionales y comunicativas, somos capaces de concebir una idea de la realidad que se adapte a nuestra percepción, apelando a los elementos que nos definen como humanidad, en el sentido que establecer una serie de conductas que nos ayuden dirigir toda esta construcción y conocimiento resulta menester, instaurando una serie de

mandatos a manera de sugerencia que nos permitan llevar una vida sana y pacífica en comunidad, erigiendo a su vez el sistema que normalmente es conocido como la ética.

Como podemos ver, la filosofía no solamente está presente en nuestro diario vivir, sino que condiciona en buena parte la forma en que percibimos la cosas, pues a partir de ella nos relacionamos con la totalidad de los elementos presentes en el universo y somos capaces de descifrar sus componentes esenciales con la expectativa de llegar a un conocimiento verdadero. Por ello, la ética, la metafísica, la ontología y la filosofía del lenguaje vienen a representar herramientas fundamentales a la hora de concebir el mundo, pues representan a la filosofía en un componente específico del cosmos que nos permite auscultar a nivel individual y colectivo la manera en la que las cosas se nos presentan.

Sin embargo, debemos ser completamente conscientes de que una de las principales funciones de la filosofía es la de lograr un contacto claro y genuino con la realidad, pero para ello, debemos asistir a alguna noción del concepto de realidad que nos permita establecer bases sólidas para el tema de estudio que propondremos a continuación.

El concepto de la realidad

Podemos empezar por explorar algunas definiciones dadas por pensadores a lo largo de la historia, pues esto nos permite puntualizar aspectos básicos respecto a los temas que entraremos a tratar más adelante.

Así, nos interesa particularmente las definiciones dadas por Hegel y Kant. Sin embargo, es de resaltar que es de extrema dificultad sintetizar el concepto de la realidad dado por un filósofo en unas cuantas líneas, pues sus explicaciones al respecto suelen dedicar una considerable cantidad de texto para dejar en claro su posición al respecto, por lo que, para dar

continuidad al escrito, citaremos algunos autores que han analizado a los filósofos que buscamos estudiar.

Para empezar, Aragüés (2021) expresa la definición de realidad dada por Hegel de la siguiente manera:” Así, la mera realidad, en alemán *Realität*, se desarrolla al principio de la lógica del ser y hace referencia a un ser determinado, esto es, un ser que ya no es simple y llanamente ser, como al principio de la Lógica, sino que ha adquirido una determinidad. Se trata por tanto, de un ser-ahí o estar (*Dasein*)” (p.363).

Por otro lado, Neumann (2009) sintetiza en pensamiento de Kant al definir la realidad de la siguiente manera: “Según expresa declaración de Kant, *realitas* equivale más bien a *Sachheit*, expresión que podría traducirse por “cosidad”, donde la palabra “cosidad” no nombra tan sólo el hecho de que la cosa esté siendo, sino qué es la cosa que es. En el uso restringido que se ha anticipado, ‘*Realität*’ es en Kant un momento de las condiciones subjetivas de la experiencia humana, constituyendo su posibilidad y sentido” (p. 256).

De las anteriores definiciones podemos ver que la percepción entra a jugar un papel importante en el momento de definir la realidad, pues el dilema se traslada a la discusión sobre si la realidad esta innegablemente atada al testimonio dado por un sujeto cognoscente, o si por el contrario esta puede funcionar con total independencia de los individuos.

Partimos del hecho que nuestro concepto de realidad se encuentra viciado de percepción precisamente porque es nuestro, y el problema radica en que estamos insertos en la misma realidad que buscamos definir, y no contamos con medios que logren abstraernos de ella ni estudiar una perspectiva fuera de ella, por lo que una definición neutral resulta de extrema dificultad.

Dicho esto, entendemos que nuestra primera noción de realidad se encuentra asentada meramente en los sentidos, considerando como real aquello que somos capaces de ver, sentir o escuchar. Sin embargo, debemos entender que nuestros sentidos se encuentran dispuestos para un rango de percepción específica, por lo que pueden llevarnos hasta cierto punto respecto a la noción de lo real. Para ilustrar dicho punto basta con referir frecuencias auditivas o colores en el espectro que pasan inadvertidas para los seres humanos, pero son fácilmente reconocidas por otros seres de la naturaleza.

Bajo este entendido, la realidad requiere un elemento que se encuentre más allá de la percepción empírica, y esto se identifica como la razón. El ejercicio de nuestras facultades intelectuales nos acerca mucho más a una definición verídica de la realidad, puesto que la sumatoria de ideas acrecienta el saber humano y nos da pistas más confiables que aquellas derivadas de los sentidos.

Igualmente, el problema de la realidad sigue estando vigente el día de hoy y que anima debates apasionados a la hora de su discusión. Ahora bien, dando un paso atrás en búsqueda de los orígenes del concepto de realidad, los primeros pensadores que podemos rastrear se encuentran en la antigua Grecia, bien conocida por ser la cuna de la civilización occidental, en donde se habrían de forjar algunos de los conceptos básicos que componen nuestra percepción de la realidad y la manera en la que nos relacionamos con los elementos, conceptuales y materiales presentes en ella.

Este espacio resultaría ser absolutamente adecuado para postular y desarrollar los complejos sistemas de pensamiento que habrían de servir a la explicación del origen del mundo, y al mismo tiempo funcionar como brújula para guiar el acontecer de la humanidad en su propio recorrido histórico, en el que se define y a la vez se desenvuelve.

En un primer momento, habríamos de establecer que el hombre empieza a tener conciencia de su conexión con la naturaleza por un estado de admiración, que es el momento en el que el ser humano se identifica como elemento singular pero inexorablemente adherido a la realidad que lo rodea, por lo que busca por los medios con que cuenta a su disposición para lograr comprender aquellos eventos que ocurren a su alrededor ajenos de su voluntad.

Al observar la naturaleza y contemplar los sucesos que allí acontecen, el hombre habría de fijar su atención en un primer lugar en los fenómenos naturales, tales como el fuego, el rayo, la lluvia, entre otros. Al quedar maravillado por aquellos, el hombre caería en cuenta que todos ellos se encuentran ajenos a su voluntad, puesto que no puede generarlos ni controlarlos, por lo que buscaría algo que fuese anterior a todos ellos.

En ese proceso, habría de buscarse un principio único que gobernara todas las cosas que existen, superiores al ser humano, y dotadas de una capacidad adecuada para llevar a cabo los diferentes eventos de la naturaleza.

Ahora bien, en un ejercicio de lógica, el hombre, al concebir que la naturaleza recorre un camino ajeno a sus caprichos, y al encontrarse a sí mismo sujeto a una fuerza superior, resultaría sensato rendir alguna especie de rito a dicha entidad suprema, con tal de que su benevolencia y voluntad no fuera repentinamente transformada en ira. De allí, eventualmente, habrían de derivarse una gran variedad de sistemas teológicos alrededor del mundo y a lo largo de la historia.

Así, los antiguos griegos al encontrarse en un primer estado de contemplación, lograrían sobrepasar dicho momento al tomar parte activa en el universo que los rodea, puesto que ya no quieren únicamente admirarlo, ahora quieren entenderlo. Será apenas entendible la tamaña tarea

que se pusieron los antiguos pensadores para lograr establecer una explicación lógica y suficientemente argumentada para cada uno de los fenómenos presentes en la realidad.

Dotados exclusivamente de su capacidad racional y de los elementos presentes en el mundo objetivo, los primeros pensadores tendrían que ordenar los elementos de tal manera que cobrara sentido el ejercicio mismo de la creación, el principio de las cosas y la finalidad última de cada una de ellas. Aquí resulta particularmente admirable la calidad de deducciones a las que se pudieron llegar con tan limitados recursos materiales, pero dotados de una capacidad racional sorprendente.

En este momento de la historia, varios pensadores habrían de llegar a algunos lugares conceptualmente comunes como el origen y composición del universo, el orden de las cosas, una entidad superior, entre otras.

De dicha diferenciación, en busca de generar algún criterio de orden a los elementos del cosmos, empezaría a aparecer la idea de un saber fundamental que justificara el acontecer de las diferentes disciplinas que se presentan en el colectivo humano, buscando dar luz sobre el fin y motivación de las cosas.

Así, se empezarían a desarrollar algunos de los conceptos esenciales de lo que actualmente conocemos como filosofía:

Logos.

Este resulta ser posiblemente el concepto con mayor cantidad de interpretaciones en el campo de la filosofía, ya que, al no contar con una traducción estricta, se le ha dado el valor de interpretarse a la luz de diferentes conceptos. Dicho esto, por lo general el término suele ser asociado con: palabra, discurso, razonamiento, entre otras.

La referencia general que solemos tener respecto a dicho concepto es el salto que se da del mito al *logos*, tratando de ilustrar un cambio de percepción de la realidad, en la que las explicaciones sobrenaturales que se atribuían a diferentes eventos presentes en la naturaleza, pasan a ser concebidos desde una posición mucho más racional y analítica.

Con dicho sistema se busca superar el establecimiento de las figuras mitológicas y llenar ese vacío con conceptos filosóficos, capaces de sustentar y explicar algunos eventos con una formulación mucho más centrada en la realidad y la experiencia humana.

Hay un consenso entre muchos estudiosos con relación a los Presocráticos, cuando se produce ese pasaje, ese instante preciso en que el mito se transforma en *logos* y nace la ciencia y es casi unánime la idea de que la filosofía, en su forma de reflexión sistemática y racional surgió en Grecia, entre los siglos VI y V a.C. (Mesa, 2009, p.115).

Ahora bien, el *logos* establece una explicación de las preguntas fundamentales de la existencia, como aquel concepto fundamental en el universo presente en todas las cosas que lo componen de manera extensiva. En este orden de ideas, entraría a justificar aquellos eventos presentes en el mundo que escapan a la voluntad humana, como lo son los fenómenos naturales.

Basado en un primer instinto de admiración y después uno de duda, se empezaría a forjar en la mente del hombre un sentido inquisitivo por la resolución de problemas fundamentales, desarrollando así un sistema de pensamiento crítico capaz de percibir aquellas cosas que se escapan de la simple apariencia.

Así, empezarían a desarrollarse una serie de ideas y pensamientos que terminarían estableciéndose como teorías, capaces de dotar de sentido el universo y relacionarlo o definirlo a partir del *logos*.

Alejarse de las figuras mitológicas no sería una idea particularmente popular, puesto que no solo cuestionan los sistemas previamente establecidos si no que iba en contra directa de ellos, obligando a la totalidad de la sociedad a establecer nuevos sistemas que los ayudaran a concebir el mundo y moverse dentro de él.

Pyr.

El universo en que vivimos se nos presenta como una eventual cantidad de misterios por resolver, desde una perspectiva funcional, tratando de entender los procesos que lo llevan a desarrollar los eventos de cierta manera, y, por otro lado, por la constitución física del mismo.

Por ello, la filosofía busca resaltar aquel elemento constitutivo que habría de dotar de su propia esencia a cada cosa que existe, referida específicamente a su composición material, trasladándose a un escenario espacial. Así, el ser humano tendría que recurrir a la herramienta de la razón, pero teniendo un enfoque más empírico, es decir, basando sus percepciones en lo que es capaz de aprehender a través de los sentidos.

Resulta interesante pensar que todo aquello que conocemos en el universo este formado por un único elemento, pero ello no significa que este sea el único que existe, pues aludiendo al termino *phys* este vendría a ocupar su lugar en la ciencia como el prefijo de la palabra física, por lo que nos envía en dirección del concepto del movimiento.

La palabra *physis* resalta, en un doble sentido, el dinamismo, el hecho de que la *physis* esté en movimiento, o sea movimiento. (Garagalza, Mardel y Ortiz-Oses, 2019, p.68).

Considerando el estado de la materia con la percepción de que esta se encuentra sometida a una regla de movimiento, entendemos que dicha materia está inexorablemente enfocada a un proceso de transformación. Por ello, el elemento primigenio estaría en un constante cambio, lo que vendría a generar todos aquellos elementos que conocemos en el mundo objetivo.

Aquí se considera la materia como primigenia, porque si este no existiera, seguramente cualquiera de los demás correría con la misma suerte.

En este sentido, no resulta absolutamente descabellado pensar en aquella materia primigenia que compone todo lo tangible en la realidad, pero lo que gobierna dicha materia, es un tema distinto.

Theos.

El termino *theos* habría de dirigirnos directamente a lo que entendemos en la actualidad como teología, la ciencia de lo divino, lo que nos remite al mismo tiempo a la idea que tenemos de Dios. Por supuesto, este mismo planteamiento nos conduce inequívocamente al concepto de Dios cristiano que tenemos, pues guiados por el proceso de desarrollo de la cultura occidental, vemos que en una buena parte de su historia se encuentra inmersa y por lo tanto influenciada por el imperio romano, que entre muchas cosas logro heredarnos el sistema de la fe como ellos la concebían.

Sin embargo, esta visión del *theos* puede llegar a ser un poco limitada con respecto a la vastedad de lo que dicho termino simboliza a lo largo de la teoría filosófica, pues como hemos visto con términos anteriores, los conceptos en su origen estaban destinados a ideas considerablemente amplias y polivalentes.

En primer lugar, resulta un tanto extraño desprenderse de la figura de Dios como persona, ya que estamos programados para relacionar el concepto directamente con la figura humana que lleva a un grado de perfección todas aquellas características positivas que se imprimen en la humanidad: sabiduría, bondad, belleza, entre otras.

Si bien resulta extraño concebir a Dios, sin una silueta antropomorfa, ahora tratemos de visualizarlo lejos de una materialidad, es decir, sin ningún tipo de forma, color o medida, lo que nos llevaría a apreciarlo específicamente en su estado fundamental de concepto.

Esto tiene serias implicaciones respecto a la forma como concebimos la realidad, puesto que con esta apreciación se demuestra que tendemos a llenar los espacios en el universo, o al menos llegamos a adecuarlos a lo que ya conocemos y podemos aprehender de alguna forma, por lo que el hecho de apreciar directamente el *theos* con una figura humana demuestra lo limitado de nuestra percepción del universo.

Por supuesto, dichos conceptos suelen tener ciertas variaciones a lo largo de la historia, pues la percepción de cada uno de ellos tiende a ser adecuada por los pensadores para encajar en los sistemas filosóficos que los mismos proponen.

Ahora bien, una vez tenemos algunas nociones básicas de dichos conceptos que provienen del génesis de la filosofía, vemos que todos ellos entran en una vital armonía respecto a la noción que compartimos de realidad, pues cada uno de ellos se relaciona con un aspecto fundamental del universo que busca explicar sus implicaciones específicas.

Dicho esto, entraremos a revisar la forma como estos conceptos se relacionan en el pensamiento de Heráclito, para dar lugar al establecimiento de sus teorías.

Heráclito

Heráclito de Éfeso, un pensador presocrático, que como muchos otros empezaría a cuestionarse sobre temas como el origen del universo y la percepción del mundo.

Algo que habría de caracterizar a Heráclito sería la crítica a la cultura tradicional, puesto que llegaría a cuestionar la figura del sabio previamente establecida, así como el concepto de sabiduría que se venía trabajando hasta el momento.

Así, Heráclito buscaría exponer una verdadera ignorancia en aquellos que hasta el momento detentaban una figura de sapiencia, quienes haciendo gala de su elocuencia llegarían a ocupar un lugar entre los más sabios de la época.

“La sentencia de B28a resume la perspectiva general de Heráclito ante el paradigma tradicional del hombre sabio, que aparece como guardián de un cascarón vacío: “Son meras apariencias lo que el [hombre] más reputado conoce y custodia”. (Hultz, 2011, p 25.)

Sin embargo, y este será un punto importante respecto al pensamiento mismo de Heráclito, resulta ser que aquellos que se conocen como sabios están llevados a asentar sus saberes en elementos meramente aparentes, puesto que la razón fidedigna que habría de sustentar algunos de los saberes estarían lejos de fundamentarse en algún hecho válido y claro.

Para Heráclito, los hombres sabios de la época estarían referidos particularmente a un escenario literario, que, a pesar de contar con un alto grado contenido estético, cuando nos referimos a la sabiduría en un sentido más estricto, a lo que realmente estaría destinado a convertirse en conocimiento, en datos necesarios para lo que empezaba a formalizarse como un saber y conocer de las cosas, estarían ausentes en los temas tratados por dichos personajes.

Se dejan engañar (dice) los hombres en relación con el conocimiento de las cosas manifiestas, de manera parecida a Homero, que entre los griegos fue el más sabio de todos. A aquel, pues unos niños que mataban sus piojos le engañaron al decirle: a cuantos vimos y tomamos, a estos los dejamos; en cambio, a quienes ni vimos ni tomamos, a estos los llevamos con nosotros (22B 56 DK).

Este fragmento deja en evidencia lo que veníamos enunciando, como en opinión de Heráclito aquello que resulta ser perceptible a partir de los sentidos, puede llegar a engañarnos y darnos alguna sensación de alivio, pero más allá de estas consideraciones, lo que se esconde

detrás de lo evidente resulta ser de igual o mayor importancia que aquello que no logramos percibir tan fácilmente, y este mundo etéreo se haría accesible únicamente a través del ejercicio mismo de la razón.

Ahora que tenemos un poco más de contexto respecto al escenario en el que se encuentra inmerso el pensador, podemos pasar a revisar algunas de sus ideas más emblemáticas que se presentan a partir de máximas filosóficas, ideas que iremos entrelazando para lograr poner en armonía el pensamiento del autor y develarlo como un todo.

Logos en Heráclito.

Heráclito toma una posición muy cercana al desarrollo del concepto que hemos venido trabajando, pues este logra relacionarlo con la capacidad inherente del hombre a descubrir los elementos del mundo que lo rodean a partir de procesos eminentemente racionales.

Aún siendo este *logos* real, siempre se encuentran los hombres incapaces de comprenderlo, antes de haberlo oído y después de haberlo oído por primera vez. Pues a pesar de que todo sucede conforme a este *logos*, ellos se asemejan a carentes de experiencia, al experimentar palabras y acciones como las que yo expongo, distinguiendo cada cosa de acuerdo con su naturaleza y explicando como está. En cambio, a los demás hombres se les escapa cuanto hacen despiertos, al igual que olvidan cuanto hacen dormidos (22B 1 DK).

Partimos de la idea axiomática de que el *logos* existe, de manera inherente y casi accidental, pues se establece con independencia de nuestra percepción sobre el mismo y se extiende más allá de nuestra conciencia.

Heráclito parece insinuar que en realidad los seres humanos somos capaces de percibirlo, en diferentes formas que se nos presenta a lo largo de nuestra experiencia vital, pero la capacidad

de comprenderlo resulta ser un ejercicio totalmente distinto, pues no basta solamente con distinguirlo y definirlo, hace falta interiorizarlo, ejercerlo y desarrollarlo.

El *logos* es aquello que se presenta en todas las cosas presentes en la realidad, por lo que los seres humanos estamos también sujetos a su acontecer, pero el hecho de que no conozcamos su verdadera naturaleza no nos impide realizar nuestro desarrollo vital como individuos, pues al final del día parece que somos absolutamente capaces de llevar a cabo las tareas diarias sin mayor interrupción; pero en un sentido más extensivo, sí limita nuestra comprensión de la realidad y del universo, lo que restringe nuestra capacidad de evolución a nivel colectivo

Por eso conviene lo que es general a todos, es decir, lo común; pues lo que es general a todos es lo común. Pero aun siendo el *logos* general a todos, los más viven como si tuvieran una inteligencia propia particular (22B 2 DK).

Si bien todos tenemos la potencialidad genuina para acceder al *logos*, no todos desarrollamos de igual manera las capacidades que resultan ser imperativas para su conocimiento, por lo que solo aquellos que lo perciben y se maravillan con su esplendor y magnificencia llegan a formarse en el ejercicio del pensamiento para equilibrar su actuar y desarrollo con el devenir mismo del cosmos.

Si bien este sentimiento es capaz de florecer en cualquier ser humano, en realidad son muy pocos aquellos que prestan la atención y relevancia suficiente al evento de presentación del *logos*, pues sus medios de manifestación resultan ser mucho más sutiles que eventos de mayor obviedad que frecuentemente nos conducen a la apariencia, y que requieren un nivel de compromiso mínimo o medio con respecto a relación que se establece con los acontecimientos del devenir.

Ahora bien, respecto a la percepción del mundo, esta puede estar basada específicamente en la apariencia y los acontecimientos evidentes que se nos presentan a través de los sentidos, o una relación mucho más genuina que parte del ejercicio de la razón, por lo que solamente a partir de la segunda podríamos llegar a acceder a una noción más cercana a la realidad.

“Los límites del alma, por más que procedas, no lograrías encontrarlos aun cuando recorrieras todos los caminos: tan hondo tiene su logos” (22B 45 DK).

Admitiendo que el alma contiene su propio *logos*, que se encuentra, por decirlo de alguna manera, en su expresión esencial, en su estado más básico, este invita a su propio ejercicio y desarrollo, a ser explorado por medio de mecanismos racionales para servir a la verdad misma y establecer nuevos y mejores criterios de entendimiento de la realidad y el universo para el ser humano.

En ese sentido, los seres humanos parecemos estar condenados a la dubitación entre el desconocimiento estricto del término y el hecho de jamás llegar a realizar una exploración completa de sus implicaciones.

Ahora bien, el alma logra explayarse por límites indeterminados que trascienden su propia conciencia, puesto que el mismo *logos* lo lleva a explorar caminos más allá de su expectativa, ya que el *logos* que habita cada una de las almas guarda igual relación con el universo, que, si bien son diferentes en su forma, su contenido sigue perviviendo en la búsqueda de la verdad de las cosas que existen.

De manera similar, terminamos aceptando un sentido ilimitado del logos, puesto que, si bien su definición se mantiene intacta, este se encuentra en un accionar constante, dado que el ejercicio del mismo logra descifrar más y mayores misterios del universo para lograr una mejor comprensión del mismo, generando a su vez un conocimiento mucho más rico y especializado.

Dado esto, pareciera que en realidad el logos no tiene límites, puesto que los misterios del universo tampoco lo tienen, por lo cual podría llegar a resultar ingenuo querer abarcar la totalidad de saberes por descifrar, pero al menos sabemos que el alma cuenta con las herramientas necesarias para mantener un trabajo constante en la develación de los misterios mismos.

“Una sola cosa es lo sabio, conocer la Razón, por la cual todas las cosas son gobernadas por medio de todas” (22B 41 DK).

A partir de esta cita empezamos a evidenciar el sentido de unidad en la filosofía de Heráclito que habría de guiar en mayor medida sus razonamientos, y en este caso particular se identifica como lo sabio.

Bien podríamos definir la sabiduría como la capacidad humana de acumular conocimiento sobre temas específico, pero lo que diferencia a la sabiduría de la mera información es la aplicación de dichos datos para la resolución de problemas concretos, por lo que el sabio sería aquel capaz de poner a disposición su conocimiento para revelar misterios o resolver problemas.

Ahora bien, si nos fijamos en la cita vemos que la palabra Razón se encuentra con mayúscula inicial, por lo que podría arrojarnos alguna pista de que lo importante no es conocer una razón cualquiera, sino la razón capital, una razón que sobrepase en importancia a todas las demás y de la cual su definición y delimitación permitirá la automática resolución de las otras.

Así, el sabio debe apuntar a conocer esa Razón que se enmarca como suprema, con el fin de solventar por añadidura todas aquellas razones que le son menores en el orden de las cosas, pues si todas las cosas se gobiernan a partir de esta, lo más sensato será resolver la más grande de las dudas, apelando a la mayor de las razones, para proceder más fácilmente hacia las demás.

La sabiduría se ejerce a través de un ser, para el caso concreto, el hombre, quien hace uso del *logos* con que cuenta su alma para buscar esta razón suprema, pues si bien este jamás podría aspirar a ser dueño de la sabiduría, cuenta con los elementos necesarios para alcanzarla y ponerse al servicio de la verdad junto con ella.

Esta razón suprema vendría a presentarse, o más bien a ocultarse, a manera de un misterio, como aquel elemento edificador que compone y da forma a todo aquello que está presente en la realidad, por lo que pareciera que su naturaleza primaria fuera exponer únicamente pistas de su existencia y meras insinuaciones de su funcionamiento, invitando así a la intervención directa del hombre en su necesidad innata de conocimiento y poniendo a su disposición el uso del *logos* para develar dichos secretos y misterios.

“Ser sabio es virtud máxima, y sabiduría es decir la verdad y obrar de acuerdo con la naturaleza escuchándola” (22B 112 DK).

El hombre puede alcanzar la sabiduría, distinto a poseerla, pero ello se conseguirá únicamente entrando en una absoluta sincronía con los elementos que componen la naturaleza, permitiendo que las facultades innatas del ser humano entren en contacto con la voz de los fenómenos del universo y permitan su eventual revelación.

La definición de la naturaleza presente en este pasaje sirve para revelar el funcionamiento del universo mismo, pues, aunque en la actualidad contamos con la visión limitada de nuestro propio planeta natal, este sirve de mera referencia para simular las leyes y procesos presentes en el sistema universal, que eventualmente pueden ser extrapolados para definir el acierto de las teorías propuestas.

Así, el hombre sabio es capaz de acrecentar su conocimiento teniendo una mayor percepción de la realidad que lo rodea, pero esta no nace de una abstracción ajena y apática a los fenómenos, sino en un contacto sinérgico con la realidad.

Pareciera a simple vista que el ejercicio de escuchar la naturaleza resulta obscuramente obvio y carece de un valor científico o filosófico genuino, pero precisamente en casos particulares como este, lo más obvio resulta ser lo más ignorado. Debemos ser conscientes que la naturaleza se rige bajo ciertos estándares y que sus procesos se llevan a cabo con fines determinados al estar al servicio de sistemas específicos, por lo que seres anexos a la naturaleza, y no soberanos de ella, como lo somos los seres humanos, deberíamos haber encontrado un equilibrio con ese ambiente, bien sea tomando recursos necesarios sin llegar a comprometer la estabilidad de todo el sistema por intereses particulares. Mas allá de enunciar un nuevo-viejo llamado ambientalista, en realidad el mensaje busca trascender la esfera de un punto específico para afectar la base del problema, y es que el hombre no respeta la naturaleza porque aún desconoce su realidad.

Un simple instinto de supervivencia habría de bastar a cualquier especie con una mera percepción de su existencia para mantener un estado armónico con su propio ambiente, a partir de la conciencia de que componen una pequeña parte de la totalidad del sistema y comprenden su conexión con este; sin embargo, vemos que el ser humano, dotado de una razón sin precedentes en el reino animal, tiende a ignorar dicho mensaje y autodenominarse como autoridad de los recursos disponibles en la naturaleza, por el simple hecho que no encuentra un rival que cuestione su proceder y limite su acción deliberada.

Ahora bien, el ejercicio de escuchar la naturaleza se deriva del proceso de encontrar la verdad, pues esta se encuentra presente en la forma en que la naturaleza se manifiesta, en sus

fenómenos y procesos que son regidos a partir de cierto orden, y para ello el hombre sabio debe ser capaz de identificar los patrones comunes a dichos fenómenos para esclarecer la verdad presente en el orden natural de las cosas y llegar, en la medida de lo posible, a aquella que es superior a todas.

Aquí reafirmamos el papel del hombre sabio en el proceso de entendimiento del mundo, que se expresa a partir de los elementos de la naturaleza y la forma en que estos se manifiestan e interactúan entre sí, por lo que la verdadera sabiduría yacería en un contacto genuino con la naturaleza, y en un sentido extensivo, con la realidad

“Es propio del alma un *logos* que se acrecienta a sí mismo” (22B 115 DK).

El hombre cuenta con características que logran diferenciarlo de los seres presentes en la naturaleza, cimentada principalmente en su capacidad racional. Dotado de una extraordinaria conciencia de sí mismo, ha pasado una buena cantidad de su tiempo en la tierra buscando su lugar en el cosmos, así como un propósito verdadero que sirva de fundamento a su propia existencia.

Así, el hombre, al encontrarse en un entorno con el que puede interactuar en una medida empírica, pero cuyo entendimiento se escapa a sus razonamientos, empieza a indagar sobre las formulaciones intelectuales para ampliar su base de conocimiento y enriquecer su percepción del mundo. Por suerte, el ser humano cuenta con un elemento fundamental que lo lleva a trascender los límites de su propia perspectiva y acceder a conocimientos más allá de su experiencia inicial, y esta es el alma.

Un alma entendida en un entorno metafísico y lejos de consideraciones teológico-cristianas, dotada con un *logos* que le permite al ser humano desenvolverse en un nivel conceptual que supera la apariencia del mundo, al cual se accede únicamente por el ejercicio de

la razón y el entendimiento de los fenómenos presentes en el universo, y cuya naturaleza es aumentar su capacidad de procesamiento en la medida que más experiencia se adquiere en el plano conceptual, accediendo de manera automática a un nuevo nivel de conciencia que acarrea consigo una inexplorada serie de misterios por desentrañar.

La cuestión resulta ser que no hemos logrado abismar los límites del conocimiento, pues por más que el *logos* puede comprender mejor la realidad y aumenta la perspectiva del ser humano, el conocimiento parece extenderse por zonas que siempre resultan desconocidas, por lo que el alma se ve obligada a ejercer un desarrollo constante de sus capacidades para lograr la mayor conciencia posible sin la certeza de llegar a abarcarlo todo.

Por esta razón, el alma necesita un constante acrecentamiento, que lo guie en la incansable búsqueda del conocimiento, aun bajo la consigna de que su labor podría no llegar a cumplirse en totalidad, el alma logra abastecerse de una voluntad inconmensurable para continuar su búsqueda por la verdad.

Pero este *logos* se desenvuelve en un escenario universal, en el que el ser humano cuenta con otros seres presentes en la naturaleza para ayudarlo a encontrar su propio lugar en el cosmos, por lo que es momento de referir a otras entidades que se hacen manifiestas en nuestra realidad y redundan en nuestro conocimiento del mundo.

***Theos* en Heráclito.**

Para atender a este elemento en particular debemos abordarlo como un concepto y no atribuirle algún tipo de corporalidad o materialidad.

Ahora bien, debemos empezar por aclarar que la presencia del término tiene una fuerte connotación ontológica, puesto que en las citas que entraremos a revisar a continuación se hace una constante referencia a los seres presentes en la realidad, y como estos logran ubicarse en una

suerte de escala jerárquica que vendría a funcionar a partir del papel que desempeñan en la naturaleza

“El más bello de los monos es feo al compararlo con la especie de los hombres” (22B 82 DK).

La actual cita, más allá de una mera percepción estética, logra apelar a una dimensión que califica a los seres presentes en la naturaleza a partir de un orden específico. Heráclito atiende las cualidades animales que resultan inherentes a los monos y las relaciona con las que le son propias al ser humano, que, si bien cuenta con muchas de las mismas, este último logra sobrepasar la expectativa de su propia condición animal por el hecho de contar con un alma que tiene *logos*, un elemento al servicio de la verdad que lo ayuda a diferenciarse del resto de seres presentes en la naturaleza.

El hecho de contar con un *logos* coloca al hombre por encima de los monos en el orden de los seres de Heráclito, y siendo el mono el más cercano al ser humano en el reino animal, este se alza sobre los demás animales, colocándolo en una suerte de posición privilegiada.

Ahora bien, cabe resaltar que el hecho de encontrarse en un escalafón superior no convierte al hombre automáticamente en el dueño de los demás seres, pues este no cuenta con ningún tipo de autoridad que le permita disponer de la integridad de los demás elementos de la naturaleza, tanto animados como inertes. Lo que la cita sugiere, es más bien un grado de responsabilidad mayor, ya que, si el hombre cuenta con el *logos*, y este se encuentra al servicio de la verdad, el papel del ser humano es definir y acceder a dicha verdad en nombre de todos aquellos que no cuentan con las herramientas necesarias para hacerlo, usar el conocimiento adquirido para propender por el bienestar de los demás seres y su entorno.

“El más sabio de los hombres parecerá un mono en comparación con dios, en sabiduría, hermosura y todo lo demás” (22B 83 DK).

Ahora encontramos una nueva categoría en la escala de seres propuesta por Heráclito, y en la cúspide de esta se ubica dios, quien cuenta con características que logramos evidenciar en la naturaleza humana, pero exponencialmente magnificadas por sus propiedades divinas.

Si en la cita anterior a esta encontrábamos la belleza como un criterio ordenador, ahora vemos que la sabiduría se suma como una de las características para ser tenidas en cuenta a la hora de establecer un orden entre los seres del universo, pues estas cualidades son de vital importancia y corresponden a ejes esenciales en la definición de los seres así como sus propias potencialidades, porque un mono puede aspirar a ser bello, pero no tan bello como un hombre, y un hombre puede aspirar a ser sabio, pero no tanto como un dios.

En este punto retomamos la definición que veníamos desarrollando del *logos*, particularmente el que se remite al alma, que continua siendo una característica eminentemente humana, pero retratada dentro de sus propios confines, pues si bien habíamos dicho que esta cuenta con una profundidad inconmensurable, esta se puede extender ilimitadamente sin dejar de ser humana y terrenal, es decir, que aunque pueda extenderse hacia fronteras desconocidas, esta se encuentra ligada a su propia condición humana, lo que la restringe al momento de encontrarse con una sabiduría de cualidades divinas, pues esta se encuentra en otro nivel inaccesible para el hombre.

De igual manera opera con la característica siguiente, la hermosura, que se manifiesta de acuerdo a las definiciones que aluden, mono, hombre o dios, pues cada una de ellas cuenta con un nivel de belleza significativo, que se mueve dentro de los estándares que le son propios, dado el hecho que aunque logren desarrollar su máximo potencial, la belleza de cada uno de ellos está

ligada a la naturaleza propia de su ser, es decir, la belleza de un mono, la de un hombre y la de un dios, aunque todas son bellezas, se diferencian por la entidad respectiva.

“Para el Dios todas las cosas son bellas y buenas y justas; los hombres, en cambio, consideran unas injustas y otras justas” (22B 102 DK).

La naturaleza de sus cualidades divinas hace que dios vea las cosas sin una discriminación particular, pues la definición del bien y el mal parecen ser una cuestión más de orden social que universal.

Remitiéndonos a la opinión de Heráclito, vemos que este atribuye a dios una actitud neutral frente a la carga moral que se presentan en los eventos que se desarrollan, pues para este no conciben distinción alguna entre lo justo e injusto, puesto que los hechos son simplemente arrojados al entorno natural sin ningún tipo de miramiento, pero el hombre llega a atribuirle dicha carga a los eventos dependiendo del nivel de afectación que tengan a sus intereses, ya sean de carácter particular o colectivo.

Para el dios todas las cosas son precisamente buenas y justas porque son engendradas a partir de su propia naturaleza divina, todo aquello que se deriva de su creación cuenta con cualidades que son propias de su creador. Ahora bien, al trasladarse al mundo de los hombres, vemos que este las califica dependiendo de su propia percepción de la realidad y con las cualidades ligadas a su definición humana, por lo que aplica a su juicio un dejo de su propia naturaleza, el de las convenciones sociales que califican los acontecimientos como justos o injustos cuando se aplican a su entorno de convivencia y desarrollo.

Ahora bien, el ser humano tiene una plena conciencia de lo que se puede calificar como justo e injusto, partiendo desde su propia percepción de la realidad, sin embargo, decide llevar a cabo ciertas actividades que van en contra de la integridad de otros seres y elementos de la

naturaleza, tales como la deforestación, la emisión de gases de efecto invernadero, el testeado de fármacos en animales, entre otros. Por supuesto, la conciencia del hombre entrara en discusión en este punto aludiendo que en realidad dichas actividades resultan ser de carácter imperativo para el desarrollo de la sociedad como la conocemos, que el ideal de progreso requiere ciertos sacrificios que la naturaleza debe estar dispuesta a conceder para el alcance de un bien mayor y de esta forma hacer entrar la denominación de lo que es justo para sustentar sus actuaciones.

La cuestión en realidad se encuentra en que el ser humano conoce de primera mano las nociones de dolor y sufrimiento que es capaz de engendrar a su alrededor, pues nacen de una fuente basada en la voluntad, pero decide ignorar conscientemente sus implicaciones reales para perpetuar sus actuaciones.

Se podría decir que el hombre trata a los animales y la naturaleza como los dioses lo tratan a él, de una manera indistinta, sin ningún tipo de preocupación genuina por su bienestar más allá de la cordialmente necesaria, llevando al borde la condición de su propia humanidad, con todo lo que eso pueda llegar a significar.

Atendiendo a la escala universal, acabamos de ver algún tipo de orden de los seres que lo habitan, pero referidos a un nivel material, aun debemos explorar los elementos que llegan a componer el espacio físico, que resulta ser de vital importancia a la hora de concebir la realidad como un todo.

Pyr en Heráclito.

El *Pyr* es un concepto que se identifica como el componente primigenio en el universo y constitutivo para todos los demás, es decir, consiste en el material fundamental que da origen a todas las cosas que podemos encontrar en el mundo físico, formando una parte esencial de nuestra realidad.

Así, como idea fundamental en el razonamiento de Heráclito, encontramos el fuego como *Pyr*, como elemento principal del cosmos a partir del cual se encuentran constituidos los demás componentes del universo. El fuego sería el factor esencial con mayor presencia en el cosmos, y a partir de la reorganización de su estructura se fundarían todos los elementos restantes.

Además de esto, el fuego sirve para manifestar de la forma más gráfica posible lo que se entiende como la teoría de los contrarios, que adelante entraremos a estudiar con mayor precisión

“Este cosmos, uno mismo para todos los seres, no lo hizo ninguno de los dioses ni los hombres, sino que siempre ha sido es y será fuego eternamente viviente, que se enciende según medidas y se apaga según medidas” (22B 30 DK).

Heráclito propone la figura del fuego como una entidad inmanente, como un elemento fundamental para la formación del universo, ya que este tiene mayor presencia en el cosmos por el hecho de ser material primigenio para la constitución de los demás elementos.

Pensemos un poco más en detalle la figura de este fuego, si podemos recurrir a la idea que cada uno guarda dentro de sí. La belleza y funcionalidad del fuego consiste en su vital estructura, puesto que este se encuentra en una constante construcción y destrucción dentro de sí mismo, por el hecho que su identidad se encuentra comprometida al paso que esta se desarrolla. El fuego, independientemente de la cantidad que quisiéramos considerar, se encuentra en un debate interminable entre su alimento y extinción, puesto que la llama se identifica como tal en la medida que crece, pero igualmente está presta a apagarse en cualquier momento por su propia naturaleza de autoconsumo. Si bien su ambición consiste en acrecentar su existencia, a medida que intenta alcanzar este objetivo se encuentra con una mayor resistencia que la obliga a recrearse y eventualmente disminuirse, e incluso extinguirse.

Con un ejercicio de observación, Heráclito concluye que el fuego se encuentra en un constante cambio, dado que las llamas que brotan permanentemente de su interior están condenando la integridad de su esencia, puesto que convoca a la reestructuración completa de su identidad de forma incesante, por lo que su proceso de creación se encuentra íntimamente ligada con su proceso de destrucción. El fuego siempre es fuego, pero jamás es el mismo fuego.

“Vive el fuego la muerte de la tierra, y el aire vive la muerte del fuego; el agua vive la muerte del aire, la tierra del agua. Muerte del fuego es nacimiento para el aire, y muerte del aire es nacimiento para el agua” (22B 76 DK).

En esta figura del fuego podemos evidenciar de forma muy directa lo que para Heráclito serían los estados de cambio, una situación de transmutación constante que se presenta en diferentes componentes de la materia para dar lugar a elementos nuevos. A ellos estaría esencialmente ligada la idea tanto de construcción como de destrucción del mismo, en un debate constante entre ambos hemisferios, como una situación cíclica de cambio en el que el final de un evento se configura como comienzo de uno nuevo.

Respecto a las singularidades, vemos que Heráclito se refiere a las cosas según medidas, lo cual las dota de identidad, pues el fuego, por más que siga colapsando dentro de sí mismo, no llega a perder su esencia ni denominación de fuego, a menos que llegase a extinguirse, lo que lo transformaría en algo distinto, encendiendo el núcleo de una nueva identidad y permitiendo que el ciclo continúe de manera indefinida.

El fuego se concibe como una entidad siempreviva que se esparce desde el inicio de los tiempos hasta su final. Así, este vendría a presentarse tanto como una materia como testigo de una fuerza de transformación, ya que en él se ejemplifica la constante necesidad de cambio para

mantener vivo el movimiento de las cosas, pues es este mismo movimiento el que inspira la motricidad de los demás elementos presentes en el universo.

“Conexiones: enteros y no enteros, convergente divergente, consonante disonante: de todos uno y de uno todos” (22B 10 DK).

Aquí logramos acceder a uno de los puntos en esenciales en el pensamiento de Heráclito, que vendría a ser nutrido por todos aquellos conceptos que hemos revisado hasta el momento pero que encuentra su punto culminante a nivel filosófico en la presentación de esta idea, y esta es la teoría de los contrarios.

En la base de su formación, podemos encontrar que en el universo existen fuerzas primigenias que se muestran como opuestas, enteros y no enteros, referidos a la matemática, consonante y disonante respecto a la música, entre otros; estos opuestos estarían ligados de forma tan íntima que su vínculo se extiende a lo largo del cosmos en una danza inquebrantable que los mantiene irrevocablemente en sintonía.

Dichos opuestos no tendrían como fin el consumirse el uno al otro, por el contrario, buscarían dotarse de identidad entre sí, puesto que uno no sería capaz de reconocerse sin el otro, dado el hecho que no existiría la muerte sin la vida, el bien sin el mal, la música sin el silencio, entre otros. Por esta razón la identidad entra en consonancia con lo que respecta a cada una de sus medidas, pues el crecimiento o decrecimiento paulatino de cada una de las fuerzas hace que se contengan dentro de su propia esencia, pero su contraparte entra a modo de regulador para ocupar aquellos espacios que una de las esencias deja deshabitados.

Este lazo que comparten dichas singularidades entraría a representarse como dos facciones de un mismo fenómeno, a un nivel espacial, temporal, físico, conceptual, etc., y en

medio de ellos, el lazo que se establece de manera más genuina y que mantiene una firme relación sinérgica entre ambos da lugar a la aparición del conflicto.

“Lo que se opone es concorde, y de los discordantes [se forma] la más bella armonía, y todo se engendra por la discordia” (22B 8 DK).

Las singularidades universales por sí mismas, aunque muestran una considerable presencia en el cosmos, no logran generar una fuerza motora, por lo que necesitan de su contraparte para emprender algún punto de apoyo que les permita producir el movimiento para entrar en el juego del intercambio cíclico, por lo que, en su base, más allá de las fuerzas primigenias, lo que se erige como punto fundamental de motor del universo es el conflicto, la discordia a nivel cósmico.

Hay que aclarar una idea esencial en este punto y es que el concepto de conflicto lo trabajamos aquí como lo que precisamente es, un concepto, a una escala universal y sin considerar las aplicaciones bélicas instauradas en nuestro lenguaje común, pues no es extraño que dadas las experiencias de nuestro entorno lleguemos a relacionar el concepto con algún conflicto particular y sus desastrosos resultados que no vale la pena mencionar en el momento.

Así, el concepto del conflicto se establece como fundamento superior del universo, pues en el intercambio entre los opuestos universales, contenidos en sus propias medidas, se genera tal discordia que hace las veces de motor funcional para dotar de movimiento a las cosas que se esparcen a través del cosmos. A partir de dicho movimiento, sumado a la natural necesidad de cambio de los elementos, se generan todas aquellas cosas presentes en el universo, desarrolladas a partir de la imagen del fuego como debate sempiterno entre la construcción y la destrucción.

Heráclito reprocha al poeta que dijo: ¡Ojalá se extinguiera la discordia entre los dioses y los hombres! Pues no habría armonía si no hubiese agudo y grave, ni animales si no hubiera hembra y macho, que están en oposición mutua (22B 9a DK).

El fin del conflicto entre los contrarios daría como resultado el cese del movimiento a un nivel cósmico, puesto que, si estas partes contrapuestas no entran en disputa, la fuerza motora del universo quedaría estática, y el ciclo de transformación de las esencias se perdería en un vacío perpetuamente inerte.

Un llamado al cese del conflicto en el sentido de Heráclito es un llamado al cese de la actividad, puesto que la naturaleza de los opuestos está volcada a una disputa eterna entre sus propias fuerzas, lo que busca un equilibrio constante de sus esencias y genera la energía suficiente para dotar a las demás cosas en el universo de movimiento.

[Heráclito, pues, dice que el todo es divisible indivisible, engendrado inengendrado, mortal inmortal, logos tiempo, padre hijo, dios justo] “No escuchando a mí, sino a la Razón (logos), sabio es que reconozcas que todas las cosas son Uno”, dice Heráclito (22B 50 DK).

Los contrarios entran en armonía de manera extraordinaria con la idea de la necesidad del conflicto, puesto que el encuentro de dos fuerzas naturalmente disimiles genere un evento de interacción que logre crear un impulso suficiente para dar movimiento a las demás cosas del universo, puede ser interpretado como una situación de singular belleza y funcionalidad, pues la búsqueda natural de la armonía a partir del conflicto es un ideal que ayuda a percibir eventos aparentemente catastróficos como eventualmente provechosos e incluso necesarios para el continuo devenir de las cosas.

Pero para comprender la función de los opuestos y la necesidad de su conflicto debemos estar eminentemente guiados por la razón, por el *logos*, un ejercicio de entendimiento puro que nos permita concebir dichos eventos en función de una eventualidad mucho más benéfica, pues al entender el conflicto como el concepto que hemos desarrollado, y al encontrar en su acontecer una necesidad genuina para la constitución de los demás elementos a partir de la figura del fuego, suena un tanto más posible pensar en una relación del conflicto como fuerza motora del universo.

La idea que todo se produzca a partir del conflicto, remite al hecho de que en la base de toda la realidad se encuentra precisamente este concepto como eje fundamental de todo aquello que existe, dejando a los demás elementos de la realidad como meras representaciones del mismo, por lo que los contrarios, en cualquier diada particular que quisiéramos considerar, vendría en un segundo orden del conflicto mismo; por lo tanto, es adecuado pensar que el conflicto es lo Uno, como la fuerza categórica que se halla irrevocablemente en todo, tejiendo a la vez una red casi imperceptible entre los elementos de la realidad y generando un llamado a la unidad de todas las cosas.

Tal es la sabiduría que alberga el *logos* que permite que cada cosa en el universo mantenga su propia identidad, contenida al interior de sus medias, en un constante proceso de construcción-destrucción, y a la vez tiende un lazo que relaciona a todas las cosas entre si bajo el manto de su propia naturaleza, la del conflicto, que genera el movimiento y la relación entre todos aquellos elementos del cosmos. Por esta razón, podemos contemplar, en mayor o menor medida, un constante evento de conflicto en cualquier escenario de la vida cotidiana, pues basta con observar el día y la noche, el bien y el mal, el campo y la ciudad, la tradición y el progreso, y así con cada evento al que podamos atender con el suficiente grado de interés como para notar su

contrario y el conflicto que alberga en su naturaleza, demostrando así que todo se conecta en su origen con el mismo concepto.

“Pólemos [la guerra] es el padre de todas las cosas y el rey de todas, y a unos los revela dioses, a otros hombres, a los unos los hace libres, a los otros los hace esclavos” (22B 53 DK).

Ahora bien, sabemos que el conflicto, la discordia, se genera entre partes contrarias de igual intensidad, por lo que aunque refieran características similares, estas se presentan con diferencias sustanciales. Así, la naturaleza ha arrojado identidades particularmente contrarias con el fin de disponerlas con su contraparte en función del conflicto mismo, dotando a los eventos o a los seres con características armónicamente contrarias, con el fin de que su conflicto genera un estado de balance en el área que le corresponda.

De esta manera, el conflicto se ubica como soberano de todas las cosas que acontecen en el universo, pues todas ellas son puestas a disposición de su voluntad para servir a la fuerza motora en sí, que pervive en el constante acontecer del conflicto.

Pensémoslo en la relación jerárquica que examinábamos al revisar el concepto de *theos*, en el que el dios se ubicaba por encima del hombre, y el hombre igualmente ubicado encima del mono; al examinar las cualidades particulares de sabiduría y belleza, resulta natural pensar que los hombres desearíamos contar con un grado más cercano a las cualidades divinas, al igual que el mono querría contar con cualidades que son propias de los seres humanos. Sin embargo, como ya hemos venido diciendo, las medidas hacen que cada uno de los seres se limite a su propia naturaleza, por lo que para conservar su identidad deben existir una restricción que lo configure dentro de su propia esencia, pues todos compartimos características comunes, pero manifestadas de diferente manera e intensidad.

Por supuesto, esto no significa que los seres humanos no contemos con las herramientas conceptuales necesarias para mejorar las condiciones nuestra propia naturaleza, pues a partir del ejercicio del mismo *logos* podríamos acrecentar nuestra sabiduría y alcanzar escenarios que trascienden nuestra perspectiva inicial del universo, pero todo su potencial está íntimamente ligado a su propia identidad, por lo que la condición humana será una limitante al momento de explotar nuestra propia naturaleza, al no llegar a acceder las características innatas de un dios.

“El Dios [es] día-noche, invierno-verano- guerra-paz, hartura-hambre, todos los opuestos; esta inteligencia toma formas mudables, así [¿cómo el fuego?], cuando se mezcla con aromas, se denomina según el gusto de cada uno [de ellos]” (22B 67 DK).

El dios, el *theos*, la figura divina es presentada como el conflicto, el encuentro de las dos fuerzas, que halla su justificación en el movimiento que se genera a partir de dicha disputa y da movimiento a todo lo que habita el universo, razón por la cual, al concebirlo como un concepto, vemos que este puede llegar a reinar por encima de todos los demás, puesto que cada cosa que existe se adhiere a su eventual devenir mientras que este no obedece a ninguna otra.

Podría argumentarse que el conflicto no es el ente superior en la escala universal, puesto que está supeditado al encuentro de los opuestos para revelar su verdadera naturaleza y función motora; sin embargo, vemos que una sola de las entidades de los opuestos no genera la actividad suficiente para ser considerada como un ente primigenio, y aun ambas fuerzas, sin acceder a ningún tipo de interacción entre si resultan ser igual de limitadas en su funcionalidad, por lo que se requiere una verdadera dinámica de intercambio de fuerzas entre los opuestos para que el conflicto pueda proceder con su natural función de movimiento.

Dispuesto así el escenario, pareciera que la naturaleza de las cosas esta inexorablemente avocada a entrar en conflicto, pues solo a partir de este es capaz de generarse un movimiento lo

suficientemente significativo como para incentivar la actividad en los demás objetos del universo.

De igual manera, vemos que el conflicto atiende también escenarios de carácter material, pues el fuego, como elemento primordial del universo, logra manifestarse de diferentes formas de acuerdo con el componente que se encuentre a su paso, pues a partir de las condiciones presentes en el ambiente logra entrar en conflicto con ellas para iniciar el proceso de transmutación que desemboca en la constitución de nuevos elementos. Así, el fuego, guiado por su naturaleza, está fundamentalmente condicionado a llevar un interminable proceso de transformación que, por un lado, representa la reestructuración de los acontecimientos, en un sentido simbólico, y a la vez en un sentido más literal, es capaz de generar la transmutación de diferentes elementos al reconfigurar su composición material.

“La armonía oculta es superior a la manifiesta” (22B 54 DK).

Heráclito expresa una constante desidia por las cosas que considera manifiestas, pues la naturalidad de aquellos eventos que no requieren un mayor estudio para su revelación se presentan ante sus ojos como acontecimientos de menor importancia, puesto que cualquier persona podría llegar a definir sus características de manera moderadamente sencilla.

Por otro lado, demuestra gran fascinación por aquellas cosas cuyos elementos se encuentran en un estado oculto, que requieren un mayor compromiso, a los cuales debe aplicarse esfuerzo y dedicación para descifrar sus partes y funcionamiento, para definirlos y tratar de comprenderlos, y suerte que en la filosofía este hallaba una fuente inagotable, no propiamente de soluciones, sino de misterios por resolver.

Para adentrarse en este vasto mundo de misterios, el ser humano ha contado con diferentes características y elementos que hacen prácticamente inevitable llegar a una necesidad

de explicación de los acontecimientos presentes en su realidad: en primer lugar, tenemos el estado natural de contemplación en el que el hombre logra observar, en su versión más pura, los elementos de la naturaleza que lo rodean, lo que le permite acceder a un nivel de conciencia en el que se ubica como parte de la misma; además de esto, el ser humano cuenta con una naturaleza particularmente inquisitiva, en la que busca dar explicación por los medios que mejor se acomoden a su consideración a los eventos que se manifiestan más allá de su voluntad; finalmente, el hombre cuenta con el *logos*, lo que hace que más que una mera suposición supernatural se busque dar fundamento suficiente a las razones que explican un fenómeno particular.

La aplicación de dichos elementos a la realidad permite al hombre llegar a un estado de percepción tal en el que logra distinguir con un alto grado de conciencia entre los eventos manifiestos y los ocultos, lo que, lo hará mostrar cierta predilección por aquellos elementos que requieren un mayor compromiso por parte de su ejercicio intelectual, y que al mismo tiempo le permite conocerse a sí mismo y ubicarse en el universo.

Probablemente dicha predilección no nace únicamente de la satisfacción intelectual que parte del hecho de resolver cierto misterio o desentrañar las bases de funcionamiento de un sistema específico, sino que entre más conocimiento logre ser definido por el ser humano, mayor es su conciencia en el plano existencial y así se ubica con mayor certeza en la vastedad del cosmos.

El hecho de que el hombre pueda definir con un mejor grado de conocimiento el funcionamiento del universo, lo ayuda a moverse entre las leyes del cosmos, así como desarrollar sus potencialidades a su máxima expresión, manteniéndose en sus medidas y siendo consciente de sus propios límites a la hora de actuar. Por ello resulta de vital importancia que el desarrollo

del ser humano se encuentre íntimamente ligado con la relación que el hombre comparte con la naturaleza, pues esta funciona a partir de leyes estrictas y en un universo con recursos finitos, por lo que la acaparadora tendencia del espíritu humano resulta ser ampliamente contraproducente tanto para la humanidad como para el universo en sí.

“El camino hacia arriba [y] hacia abajo [es] uno solo y el mismo” (22B 60 DK).

En el orden de las cosas, todos los eventos tienen un punto de encuentro común, el conflicto, que dota a cada una de ellas de una justificación suficiente como para actuar en el mundo objetivo y ejercer los efectos que se sobrevengan de su eventual desarrollo.

Ahora bien, para adentrarnos en la idea de la perspectiva frente a los fenómenos de la naturaleza, debemos entender que la calidad de cada uno de los seres hace que perciba los eventos de una forma particular, distinguiendo entre la posición de un dios, un hombre y un mono, por lo que un mismo evento puede abrirse a la interpretación dependiendo de las consideraciones que cada uno de los seres haga del mismo. Este fenómeno resulta ser de vital importancia ya que esto demuestra que la naturaleza de un evento no se juzga en todas las ocasiones desde un plano meramente objetivo, sino que la subjetividad se hace presente y cambia la manera como este es concebido.

La distinción entre las percepciones no se refiere exclusivamente a dos seres de diferente naturaleza, pues esta puede presentarse en seres pertenecientes al mismo género, pero que guardan una regular distancia entre las opiniones de cada uno, como es el caso de los seres humanos.

Puede que varios hombres evalúen el mismo fenómeno y aun así arrojen conclusiones sustancialmente disimiles. Dicho efecto puede obedecer a diferentes factores, como la experiencia particular de cada uno de los sujetos, el tiempo específico en que fueron evaluados,

las herramientas materiales e intelectuales disponibles para su estudio, entre otros. Incluso puede darse el caso que dos personas estén estudiando fenómenos aparentemente distintos, y tras una investigación más meticulosa se encuentre que desde el principio se trataba del mismo.

La percepción juega un papel fundamental a la hora de estudiar los elementos del universo, pues demuestra el peligro de guiarnos por la apariencia de los eventos, por lo que siempre resulta necesario escudriñar los componentes de un sistema haciendo uso de la razón, lo que nos conducirá eventualmente a encontrar el sentido de unidad en el universo, llevándonos a evidenciar las consecuencias del concepto del conflicto como lugar de encuentro común entre todos los fenómenos presentes en el cosmos.

“Es preciso saber que la guerra es común [a todos los seres], y la justicia es discordia, y todas las cosas se engendran por discordia y necesidad” (22B 80 DK).

La discordia resulta ser la fuerza fundante que genera el movimiento en todas las cosas presentes en la naturaleza, por lo que, en su origen, todas se encuentran igualmente remitidas a la guerra, que logra manipular el fuego original para dar lugar a todos los elementos presentes en la realidad.

Ahora bien, el conflicto no tiene como objetivo un estado de destrucción, por el contrario, entra a actuar como una fuerza renovadora que transforma los elementos originales con nuevas configuraciones para continuar el proceso de transmutación universal, por lo que se puede adivinar una cierta necesidad de cambio en las cosas mismas. Así podemos evidenciar que los elementos no son destruidos, sino que cuentan con una tendencia natural a transformarse y continuar su existencia bajo una nueva denominación y esencia.

En este sentido, las percepciones regulares de vida o muerte, creación y destrucción, resultan ser algo limitadas para la comprensión de los estados de transmutación de los elementos,

pues debemos tener siempre presente el hecho de que las cosas alteran su presentación y nombre, pero en último lugar todo es una manifestación del fuego original generado por el conflicto de diferentes maneras, apoyado en la naturaleza misma de la necesidad de transmutación de los elementos.

“No es posible ingresar dos veces en el mismo río” (22B 91 DK).

Posiblemente uno de los enunciados más populares de Heráclito, y más famosos en general de la filosofía.

La cita refiere específicamente a los estados de transmutación que hemos venido aludiendo a lo largo del examen de los diferentes conceptos que hacen parte del pensamiento de Heráclito, pues al igual que las demás cosas presentes en la naturaleza, el río, al presentarse como una entidad, está ligado al incesante proceso de cambio que comparten todas las cosas del universo, pues vemos que en su constante fluir en descenso, su integridad se encuentra constantemente transformada al renovar sus aguas con igual regularidad con que las pierde, pues en un punto específico del río, su composición material jamás llega a ser exactamente la misma.

El río comparte así una misma naturaleza con el fuego, pues si quisiéramos dotar de nombre a una entidad de fuego particular, veríamos con igual naturaleza que eventualmente la integridad de sus partes se vería totalmente renovada, pues las flamas nuevas que brotan de su interior están llamadas a remplazar aquellas que fenecen por una acción externa, llevándonos a la conclusión de que en el momento que ya no exista ninguna de las flamas originales, el fuego será una entidad absolutamente distinta a la inicial.

Así, el mismo evento aplicado a entidades distintas, nos remite en su origen a una naturaleza común, por lo que todo nos remite al concepto mismo del conflicto.

Para cerrar esta parte del escrito, debemos entender que los diferentes conceptos aquí mencionados no resultan ser ajenos unos con otros, pues todos aluden a un punto específico de la realidad que entran a ser armonizados y equilibrados en el pensamiento de Heráclito, de tal manera que resulta ser un referente teórico que cuenta con cualidades suficientes para intentar explicar el funcionamiento de la vastedad del universo.

Ahora bien, en la siguiente sección, buscaremos encontrar escenarios presentes en la realidad que nos lleven a identificar eventos que ejemplifiquen los postulados de Heráclito, más específicamente, la teoría de los contrarios y la manera en la que estos se relacionan en función del conflicto, para la generación de nuevos elementos a escala universal.

Contrarios

El conflicto actúa como la fuerza fundamental que genera la energía suficiente para poner en movimiento todo lo que existe en el universo, pero este solamente entra en juego en la medida que dos fuerzas de una naturaleza contrapuesta entren a interactuar.

A lo largo del escrito hemos referenciado dichas fuerzas contrarias sin una denominación particular, pues cada una de ellas se representa a partir de fenómenos específicos de la realidad, desde los cuales se generan teorías fundamentales en las que podemos identificar elementos opuestos que entran en conflicto.

Existen diferentes puntos básicos entre las entidades que vamos a entrar a estudiar que los configuran como diadas filosóficas para representar la figura del conflicto:

- Estas entidades deben ser de carácter fundamental, es decir, debe remitirse al Genesis de la creación, por lo que en los sistemas de generación de la realidad no debe rastrearse ningún elemento anterior ni más poderoso que aquellos, pues de ser así, tendríamos que seguir auscultando la línea de sucesión hasta encontrar su verdadero origen.

- Las entidades deben estar presentadas a manera de concepto, es decir, aunque exista algún intento de materialización por versiones ulteriores, la aparición original debe estar alejada de una figuración.

- Deben ser contrarias en su esencia, se requiere que las entidades sean simétricamente opuestas en su naturaleza, pues no es suficiente que se relacionen de manera contraria en un sentido extensivo, sino que desde el inicio de su creación deben presentarse como facetas esencialmente contrapuestas.

- Las entidades deben estar llamadas al conflicto entre ellas, pues no basta que únicamente se encuentren relacionadas de manera causal o que su estado se base en una

cordial convivencia, sino que deben entrar en una constante disputa que las lleve a identificarse a partir de sí mismas y su contraparte como elementos igual de importantes en el conflicto.

- Deben generar cambio, por lo que deben estar a disposición de la transmutación de los elementos para alcanzar nuevos estados de configuración de los mismos, resultando ser un componente vital y objetivo primordial de las fuerzas contrarias fundamentales.

- Las entidades no deben buscar su mutua destrucción, por el contrario, aunque entren en conflicto, ninguna debe acaparar en su totalidad a la otra, deben estar en una constante búsqueda de armonía y equilibrio que pueden hallar únicamente a través del conflicto entre sus fuerzas.

- Cada diada filosófica se encuentra en función de una presencia y una ausencia, es decir, aunque remiten a un mismo fenómeno, sus dos facetas entran a ser presentadas a partir de una esencia que, por un lado, manifiestan de manera precisa su presencia, mientras que, por otra, encontramos un vacío. Esto lo podemos evidenciar de manera más clara en la última diada.

Por los puntos que venimos revisando, podemos ver que las diadas filosóficas entran en una relación esencial con la teoría del conflicto de Heráclito, pues en ellas podremos identificar elementos fundamentales de la formulación de dicho pensador a partir del cual el encuentro de dos fuerzas contrarias entran en disputa para el movimiento del universo, de la misma manera que el fuego o el río, para proceder a un constante estado de transmutación de los elementos, colocando al conflicto en el eje central del cosmos.

Así dispuestas las condiciones, podemos entrar a explorar algunas versiones de fuerzas fundamentales opuestas que se han establecido a lo largo de la historia de la humanidad.

Orden y caos.

Posiblemente una de las diadas filosóficas más comunes que se presentan en el devenir de la historia.

Si quisiéramos entrar a delimitar su denominación, en primer lugar, debemos aceptar que resulta igual de difícil definir uno de estos conceptos sin el otro; pero esto, lejos de significar un obstáculo, en realidad nos muestra que estamos enfocados en la dirección correcta, puesto que la manifestación de los fenómenos se nos presenta a partir de una misma esencia.

Aludir a aquello que entendemos como orden y caos debe remitirnos en primer lugar a un escenario espacial, en el que podamos encontrar objetos que contenidos en dicho espacio, dotados de una materia y masa definible, y un vacío para que los objetos tengan oportunidad de desplazarse y acomodarse de la manera que mejor se considere. Ahora bien, este resulta ser uno de los puntos de mayor importancia a la hora de contemplar la disposición de los componentes en el universo, pues si bien existen partes de contenido también debe haber a su vez partes de vacío, y esto responde a la razón que los elementos necesitan del espacio para moverse y organizarse.

Cuando nos referimos a los conceptos de orden y caos estamos aludiendo a la disposición de los elementos presentes en el universo, a la forma como estos se encuentran ubicados dependiendo de la función que esperan cumplir, así como la eventualidad de sus interacciones. De esta manera, ambos responden a la calidad de remitirse al mismo fenómeno, uno de calidades espaciales, pero presentando facetas diferentes como esencialmente opuestos.

Ahora bien, ambos términos se encuentran ubicados en el origen de la creación, pues tiene precisamente alcances universales desde tiempo inmemorial y lejos de buscar su mutua destrucción, debe existir un constante equilibrio entre ambas fuerzas para ejercer un movimiento

armonioso en la escala cósmica, pues el exceso de caos haría de la funcionalidad del universo algo imposible, así como el exceso de orden no daría lugar para la presentación de eventualidades y la organización de nuevos sistemas, razón por la cual la configuración de la realidad está íntimamente ligada a la relación entre dichos conceptos.

Aun así, podemos contar con un acercamiento a dicho concepto ofrecido por uno de los filósofos griegos de mayor renombre:

Para Aristóteles hay un orden propio del mundo constituido por el movimiento organizado de los astros en el cielo y por el movimiento ordenado de la naturaleza en tanto que suma de la acción regular de los entes individuales. Todos los componentes particulares se mueven o cambian con un único fin, dirigidos por su forma buscan lo mejor para ellos, tienden a su orden particular pero contribuyen entonces a la permanencia del orden del conjunto del que forman parte (Lozano, 2005, p. 334).

El orden pareciera ser una cualidad fundamental en el universo, pues podemos evidenciar que las cosas que se presentan a lo largo del cosmos tienden a organizarse para disponer sus esencias al servicio de una función específica, y en este punto hallamos que muchos de los eventos y fenómenos presentes en la realidad funcionan a partir de leyes y estructuras similares.

Si estudiamos los cuerpos celestes, vemos que el orden de los componentes en su interior contienen cierta sapiencia que los lleva a poner sus elementos de forma que sirvan para la subsistencia de la entidad misma, colocando en el centro un motor funcional generalmente conocido como núcleo que permite los procesos más vitales de la unidad, concentrando gran cantidad de energía en su interior pero al mismo tiempo contando con una fragilidad mucho mayor que otras de sus partes de su integridad, pues las perturbaciones que afectan directamente al núcleo pueden comprometer la totalidad del sistema; por otro lado, en su superficie,

encontramos una especie de barrera que funciona en primer lugar como límite de protección, pero además de esto sirve para dotar a la entidad de una frontera, lo que le permite identificarse como cierta unidad definida y aportar una individualidad al ente.

Ahora trasladémonos a un fenómeno que dista mucho en tamaño, pero obedece a los mismos estándares de funcionalidad, y si queremos remitirnos a uno de los elementos más pequeños que conocemos en la actualidad tendríamos que referirnos a la célula. Probablemente todos tenemos alguna idea rudimentaria de la forma en la que se ve una célula, ya sea de tipo animal o vegetal, y al instante podremos ubicar los mismos componentes que evidenciamos a la hora de observar los cuerpos celestes, y estos son el núcleo y la frontera. Estos cuentan con las mismas cualidades en una entidad que difiere drásticamente en su tamaño, pero conserva leyes que permiten una funcionalidad idéntica en ambos escenarios, pues el núcleo se encarga igualmente de la subsistencia de la entidad, así como la frontera le protege y dota de una identidad propia.

Aquí podemos relacionar la capacidad de definición de las partes de un ente para dotarlo de identidad, con la idea de las medidas en Heráclito, puesto que tanto el núcleo como la frontera de cada uno hace que contenga su identidad en un solo cuerpo funcional.

A pesar de diferenciarse mucho en su tamaño, el orden mismo del universo aplica las mismas leyes para la formación de los cuerpos, ya sea para que se identifiquen y funcionen a un nivel individual, así como para la interacción misma entre diferentes entidades, puesto que vemos que la relación entre las células funciona de manera similar a la manera que los cuerpos celestes, ya que la colocación de varias células para la conformación de organismos más complejos tiende a una organización que permite la configuración de diferentes entidades, así

como los planetas giran alrededor de una misma estrella, las estrellas alrededor de las galaxias, y así a lo largo del universo.

En esto punto, también podemos declarar que el fenómeno sigue guardando relación con la filosofía de Heráclito, puesto que el orden funciona como una fuerza fundamental que permite la reorganización de los elementos para generar nuevas configuraciones de los mismos, entrando en sintonía con la idea de transmutación de las esencias del universo.

Ahora bien, es de resaltar que el núcleo y la frontera no son los únicos elementos que se presentan al interior de una entidad, pues cada una de ellas cuenta con diferentes componentes que cumplen una función específica dependiendo de la complejidad del ente, pero incluso en estos podemos encontrar cierto criterio de orden que permite formular una integridad armónica al interior de cada uno de ellos y la forma en la que aportan al rendimiento y subsistencia de la unidad.

Incluso si quisiéramos evaluar la presencia de dicho criterio de orden en la naturaleza bastaría con mirarnos a nosotros mismos o a cualquier ser vivo para denotar una clara muestra de disposición de los elementos, pues el cuerpo humano así como el de los demás seres de la naturaleza resultan ser magníficas obras de funcionalidad y orden en la manera que sus componentes se encuentran organizados, al punto que cada una de sus partes cumple una función específica que ayuda a la subsistencia y desarrollo de la entidad sin llegar a comprometer la integridad de la misma. Pensemos por un momento en la disposición de nuestras partes corporales, en la manera que cada una de ellas se encuentra ubicada en un lugar particular que le permite desempeñar una función específica sin interrumpir la de las demás, como la manera que nuestros ojos están dispuestos en la parte frontal-superior de nuestro cuerpo para lograr mantener el mayor campo de visión posible, o como nuestras extremidades no contiene ningún

órgano vital para permitir una mayor interacción con el mundo exterior, e incluso, remitiéndonos a los mismos conceptos que venimos trabajando, como nuestro núcleo, el corazón, se encuentra en el centro de todo el sistema, revestido de músculos y estructuras óseas para garantizar su protección, y la frontera, nuestra piel, nos dota de un punto de contacto con la exterioridad, pero también nos contiene como una sola unidad y nos permite identificarnos como tal.

Por supuesto, no todos los seres de la naturaleza contamos con una idéntica disposición de partes, pues cada una de ellas logra una organización particular dependiendo de las necesidades específicas del sistema para cumplir criterios especializados, como las branquias de los peces, las alas de las aves o los cuernos, garras, colmillos, dependiendo del espécimen que debemos analizar, pero aun así en cada uno de ellos logramos observar un orden que le permite la funcionalidad de sus partes formidablemente dispuestas.

Dado que el orden lo concebimos como un concepto, no podríamos bajo ninguna circunstancia atribuirle un criterio de voluntad, puesto que el orden no funciona de forma que lo haría un ser determinado tomando decisiones a partir de criterios específicos y colocando de los elementos de la realidad a manera de diseñador, sino que del concepto se manifiesta desde la disposición de las partes de manera causal, en la que los elementos de la unidad se posicionan sirviendo a la funcionalidad del sistema y esta conserva dicha configuración con el fin de mantener su esencia.

Por otro lado, ninguna unidad o sistema resulta tener un estado absoluto de perfección, puesto que una serie de eventualidades siempre deja lugar a un margen de error que sirve de escenario para algunos sucesos que están fuera de toda previsión posible. A la presentación de dichos eventos, es lo que conocemos como caos.

El caos se nos presenta como la alteración en la colocación de los componentes de la realidad, de manera que se compromete su configuración lógica y funcional a niveles esenciales. Es decir, el caos es el desorden de los elementos de la realidad, de igual manera que el orden es el “descaos” de los mismos.

Aquí el caos entra a funcionar como la contraparte esencial del orden, en la manera que le da equilibrio a este, conservando su relación con los postulados de Heráclito para complementar a su opuesto en el universo.

Pudiera pensarse en cierto momento que el caos es un llamado a la destrucción del orden y que debe ser evitado a toda costa, pero, en primer lugar, no podríamos, aunque quisiéramos, erradicar el caos del universo, de la misma manera que no podemos erradicar el orden, pues ambas fuerzas se encuentran íntimamente ligadas en los orígenes de la realidad, y en segundo lugar, el caos tiene igualmente una función dentro de las dinámicas del universo que tiene igual importancia que su contraparte.

El caos es una posibilidad constante al interior de cada uno de los sistemas, se encuentra en un acecho perpetuo para manifestarse en los recursos del universo. El caos es el que permite la reformulación de los elementos que el orden dispone de manera específica y altera el funcionamiento de un componente en el momento que este se comporta de una forma que no debería, generando a su vez una serie de causalidades que pueden llegar a perturbar y comprometer la integridad del mismo sistema. Sin embargo, a partir de esa diferenciación que se presenta a nivel singular respecto a la parte que actúa de manera caótica, empieza un evento en el que esta parte es asimilada o excluida del sistema, y de darse la última opción, esta genera un nuevo sistema que funcionara a partir de sus propias condiciones.

Si lo pensamos al nivel de la naturaleza, vemos que la evolución funciona a partir de un criterio de orden, pero también en este se concentra un claro elemento de caos, puesto que pequeños elementos empezaron a funcionar de formas diferentes, ya sea para mejor o peor, y en caso de que un elemento logre optimizar un proceso iría dando lugar a toda una serie de nuevas eventualidades que permiten generar adaptaciones para garantizar la supervivencia del sistema, obedeciendo a un escenario particular en ambientes diversos.

De esta manera, vemos como el caos permite nuevas configuraciones en los elementos y sistemas, pues da lugar a que las partes de una singularidad encuentren maneras diferentes y más sofisticadas de realizar procesos y mejorar el rendimiento de las unidades, pues la presencia de adversidades resulta ser tan natural y necesaria como el mismo concepto del orden.

Aquí podemos ubicar un elemento fundamental en el pensamiento de Heráclito como lo serían los procesos de transmutación de los elementos y como estos permiten la reconfiguración de los elementos del universo, con el fin de que todo se mantenga en movimiento y fluya.

Una vez reflejada la presencia del caos a un nivel individual, podemos proceder a evidenciar su afectación a nivel colectivo. Apenas resulta evidente la probabilidad de encontrarse en una situación potencialmente caótica al intervenir una serie de individuos que, además de interactuar a nivel causal, es decir que la eventualidad de sus encuentros se puede dar en principio de manera aleatoria, cuentan también con una voluntad que los lleva a hacer de sus interacciones un evento mucho más complejo de estudiar.

Trasladándolo al escenario del género humano, vemos que las interacciones entre los sujetos se dan en un primer lugar de manera causal, en el sentido que existe cierto tipo de encuentros en los que no podemos elegir el momento ni lugar que se llevan a cabo, partiendo desde nuestro nacimiento y haciendo un seguimiento a lo largo de nuestro ciclo vital con las

interacciones que tenemos con nuestra familia y conocidos cercanos, pero además de ello podemos establecer relaciones conscientes como nuestra pareja y amigos que están completamente guiadas por un criterio evidente de voluntad.

Ahora pensemos en las interacciones que se pueden dar en una ciudad pequeña, y desde los conceptos que venimos trabajando, esta resulta ser una invitación directa al caos, pues cada una de estas personas cuenta con una historia absolutamente personal que lo lleva a definirse como un individuo, y dependiendo de la calidad de lazos que establezca con sus semejantes podría incluso llegar a configurarse un tipo de comunidad específica.

En este sentido, la comunidad llega a ser una organización particular que obedece a las decisiones de personas a nivel individual, pero que aun así actúa bajo una serie de criterios aleatorios que podríamos definir dentro de los dominios del caos, puesto que no obedecen a ningún tipo de manifestación que se derive del concepto de orden, al funcionar las partes de manera independiente y establecer nuevas formulaciones que difieren de la unidad original, entablando nuevas relaciones e incluso nuevas comunidades.

De igual manera, el fenómeno del caos no se restringe únicamente a los eventos que se refieren al género humano, sino que extiende sus efectos a lo largo de los diferentes escenarios del cosmos. En caso de observar los cuerpos celestes encontramos la presencia del concepto del caos con igual regularidad que el orden, dado el hecho que tanto planetas como asteroides, cometas y estrellas interactúan de manera aleatoria y sus efectos tiene consecuencias que se enmarcan dentro del fenómeno del caos, y si consideramos tales entidades a nivel colectivo, vemos como la eventualidad de sus efectos es capaz de formar al mismo tiempo cierto tipo de comunidad, como lo son las constelaciones, nebulosas y galaxias, lo que nos remite a los mismos conceptos de caos y orden en diferentes escenarios a escala universal.

Incluso a escala microscópica, continuando con la referencia a la célula, el caos logra aplicarse a cada una de las entidades en eventos que se muestran ajenos a la voluntad, remitiéndonos a un nivel de singularidad, y una vez que una considerable cantidad de células logra entrar en sincronía, estas pueden organizarse para la formación de estructuras más complejas, generando un nuevo estado de interacción y un llamado eventual a incrementar las probabilidades de caos.

Resultaría sencillo pensar que el ser humano es el verdadero dueño del orden, pero podemos ver que el concepto del orden y el caos resultan ser infinitamente anteriores a la creación misma del ser humano, teniendo una presencia extensiva a lo largo de la naturaleza y en diferentes escenarios que trascienden la voluntad humana.

Ahora bien, aunque el hombre cuenta con el *logos*, que le permite auscultar los misterios de la realidad, esta línea de pensamiento no nos sugiere en ningún momento que el hombre pueda declararse soberano de los conceptos que forman la red fundamental del universo. Dicha consideración nos asegura que el orden y el caos no obedecen ninguna entidad anterior, pues son estos conceptos de una fuerza de consideraciones universales y son las encargadas de disponer todos los elementos que componen el cosmos, configurándose como una de las partes esenciales de la realidad.

Eros y Tanatos.

La siguiente diada de conceptos que procederemos a estudiar es una que ha sido abordada a través de la historia por diferentes filósofos y poetas, pues cuenta con un componente particularmente literario, sirviendo como fuente de inspiración para retratar fenómenos que se presentan en el plano de los seres humanos y que resultan ser principalmente abordados a partir del lenguaje, estos son el *Eros* y el *Tanatos*.

Por el momento vemos que ambos empiezan a ser abordados precisamente como lo concebimos en el presente escrito, como conceptos, ya que su mera definición no basta para enmarcar la multiplicidad de ideas que abarcan en su amplio espectro y sus incidencias formales empiezan a hacerse presentes una vez que son estudiados a mayor profundidad. Por esta misma razón, por más que logremos enmarcarlos dentro de una traducción o sentido específico, debemos ser conscientes que esta se esparce y diversifica en la medida que lo estudiamos y consideramos desde diferentes perspectivas, de manera algo similar a lo que sucede cuando evaluamos anteriormente el *logos*.

En primer lugar, podemos establecer que el *Eros* aparece como una representación de aquello que conocemos como el amor y la vida, pero extrapolando las ideas que refieren a cada una de ellas y trasladándolas a una esfera de dimensiones universales. Por ahora, podemos ver que dichos conceptos se refieren a fenómenos que podemos llegar a representar a partir del lenguaje, por lo que nuestro entendimiento del mismo radica en la capacidad que tenemos para concebirlo y formularlo, pues resultaría errado afirmar que la vida y el amor son creaciones eminentemente humanas, aunque estos sí logran ser enfocados y entendidos a partir de consideraciones establecidas por el hombre.

Como vimos con Heráclito, el *logos* es el que nos permite abstraer los elementos de la realidad y trasladarlos a un escenario en el que podamos concebirlos y entenderlos de una mejor manera, por lo que no resulta extraño que hagamos uso del lenguaje para relacionar los eventos presentes en el cosmos con nuestra experiencia existencial.

Posiblemente la más poética de las referencias del *Eros* resulta ser la del amor, puesto que no cuenta con incidencias igual de tangibles como la vida, pues este resulta trabajar por caminos más metafísicos y se mantiene revestido de un velo de misterio.

Precisamente su connotación poética y literaria resulta hacer de este un fenómeno difícil de estudiar, puesto que la relación que mantenemos con dicho concepto solamente podemos evaluarlo de manera causal, es decir, únicamente somos capaces de percibir sus efectos mas no su origen. Por otro lado, su falta de materialidad resulta ser un impedimento para establecer un análisis objetivo y cuantitativo del mismo, toda vez que no contamos con un criterio de medida que nos permita relacionar su presencia con un agente numérico.

Ahora bien, la asociación más directa que podemos lograr cuando hablamos del amor está referida al amor romántico, a aquella atracción que ocurre entre sujetos y los lleva a establecer un vínculo que eventualmente espera desembocar en la procreación. Por supuesto que podríamos llegar a enmarcar esta definición del amor como anclada a un componente eminentemente biológico y funcional, puesto que encuentra su fundamento en la prolongación de la especie a partir herramientas psicológicas que garantizan la unión entre parejas, llevándolos a buscar las mayores ventajas reproductivas y garantiza la continuidad de su linaje al mismo tiempo que de la especie. En ese orden de ideas, tiene sentido que, hablando de los seres humanos, los hombres sientan mayor deseo sexual al encontrar una mujer con pechos grandes y caderas amplias, puesto que cada uno de estos elementos tiene una explicación funcional a largo plazo, dado que una

mujer de pecho abundante asegura una mayor cantidad de acumulación de leche materna, por lo que la descendencia del hombre no correrá un peligro próximo de sufrir hambre, mientras que las caderas amplias prometen que el parto de sus hijos se dará de la manera más natural posible y sin mayores complicaciones, pues él bebe tendrá más espacio para poder salir. Igualmente, las mujeres buscan hombres preferiblemente de una altura considerable, buscando una protección para sí misma y para sus hijos, lo que le garantiza una mayor proyección de vida para su descendencia, así como habilidades rudimentarias de fuerza y velocidad que muestren una ventaja en la obtención de recursos para ser dispuestos para los hijos y para sí mismas.

En este punto podríamos evaluar la posibilidad de evidenciar contrarios en una escala un tanto más alejada de la fundamental, pues, aunque estamos estudiando la diada del *Eros* y el *Tanatos*, vemos como al desarrollar el estudio de los contrarios podemos encontrar parejas contrarias de segundo orden, como lo son el hombre y la mujer, que para el punto específico tendrían únicamente el objetivo de la reproducción. Así podemos ver que la teoría de los contrarios de Heráclito continúa funcionando en diferentes escalas en el devenir universal.

Pero aun con este argumento aterrizando el *Eros* a criterios estrictamente formales y funcionales, siguen existiendo componentes que se escapan a toda lógica y estándares básicos de supervivencia, rayando con la locura y abandonando todo instinto de autopreservación en una búsqueda febril por el cariño y correspondencia del ser amado.

*Desamparo remoto de la estrella,
hermano del amor sin esperanza,
cuando el herido corazón no alcanza
más que el consuelo de morir por ella.
Destino a la vez fútil y tremendo*

*de sentir que con gracia dolorosa
en la fragilidad de cada rosa
hay algo nuestro que se está muriendo.*

(Lugones, 2020, p. 22, 1-8)

¿Por qué un hombre enamorado preferiría la eventual muerte a una vida alejada del ser amado? ¿No sería preferible, desde el punto de vista meramente lógico, asegurar una vida larga y plena, aunque sea a expensas de una llena de dichas y gozo bañado por las mieles del amor? ¿Acaso resulta ser tan desgarrador el hecho de lidiar con un rechazo que resulta inaceptable establecer una nueva relación con otra persona?

En solamente un escrito de ocho versos encontramos dos claras referencias a la muerte, que parecen ser el único antídoto suficientemente solemne y honorable para compensar la ausencia del ser amado, a pesar que ello implique la imposibilidad de cualquier experiencia, tanto de carácter romántico como de cualquier otro tipo al encontrar la cesación de su ciclo vital. La muerte se nos presenta como un fenómeno íntimamente relacionado con el amor, en el sentido que llega a remplazar la ausencia del ser amado, como un elemento de un carácter lo suficientemente significativo como para otorgar alguna clase de alivio al ser que sufre de un amor no correspondido.

Resulta curioso que en el imaginario colectivo sería sensato pensar que el contrario perfecto del amor es el odio, como una respuesta de aversión contra aquello que estaba dispuesto a proveernos de una felicidad infinita, pero rápidamente se convierte en una fuente de sufrimiento, haciendo que el hombre rehuya al amor mismo. Sin embargo, en contra del amor no se presenta un sentimiento de repudio, sino que encontramos el no amor, la ausencia que llega a

abarcarlo todo, lo que en un sentido extensivo se traduciría en la muerte misma, pues la vida sin amor y la no existencia vienen a significar exactamente lo mismo.

Por supuesto, esta interpretación se escapa a toda relación lógica, pues antes del ser amado debería habitar en cada uno de los seres un elemento fundamental de amor propio, que le permita al individuo procurar su cuidado personal y le otorgue un estado de bienestar para la satisfacción de sus necesidades y mayor felicidad posible, pero todas estas aspiraciones llegan a tener un valor total de cero al enfrentarse con la muerte, pues esta representa la aniquilación de toda posibilidad de experimentar cualquier evento futuro.

Por otro lado, podemos encontrar una versión del amor que se encuentra más relacionada con la idea de comunidad, aquella referida a la familia, pues el amor toma aquí un sentido que abarca un mayor número de personas, llamando a la congregación de un núcleo poblacional en busca de unos objetivos específicos, como la protección, la acumulación de recursos, la herencia, entre otros, que revela ciertos beneficios y obligaciones para la comunidad misma.

Al interior del núcleo familiar podemos ubicar cierto grado de compromiso de parte de los integrantes que los invita a la preservación de la comunidad, pero en una mirada mucho más especializada, vemos que en esta se establecen lazos que van más allá de una mera relación funcional de supervivencia y nace un vínculo filial que implica unos niveles de cuidado y atención específicos.

Probablemente, podríamos continuar con el mismo componente biológico que veníamos explorando para justificar el cuidado desde una perspectiva paternal, es decir, el de los padres hacia sus hijos, en especial el de las madres, pues esta resulta tener una precaución particular con su descendencia, dado el hecho que, desde la perspectiva fisiológica, es ella la que debe cargar con el feto durante todas las etapas de su desarrollo, razón por la que es la encargada de procurar

en mayor medida los cuidados y atenciones necesarias para sus hijos. Esto no quiere decir que el padre presente una actitud mezquina y desinteresada respecto a las fases de desarrollo del bebe, sino que la función de cuidado se encuentra más ligada a la figura femenina que la masculina. Todo esto está configurado de manera que se pueda garantizar a su descendencia un estado de bienestar que los ayude a desenvolverse en las competencias básicas del día a día a nivel individual, y contribuyendo, como ya habíamos mencionado, con la continuidad de la especie.

Sin embargo, este componente funcional solamente puede ser rastreado hasta cierto punto, puesto que los lazos que se establecen entre los individuos de la comunidad trascienden dicha esfera para generar interacciones más complejas y profundas, que más allá del papel fundamental del sujeto cuidador y el sujeto cuidado emprenden relaciones que requieren un grado de contribución y compromiso mucho más especializado.

El sentimiento de amor que se expresa hacia los integrantes de la familia puede haberse desarrollado originalmente como una herramienta psicológica para la prolongación de la especie, pero el afecto que se manifiestan entre sí puede llegar a esferas que van más allá de la calidad funcional, pues los lazos de filiación funcionan de manera un tanto similar a la versión del amor romántico que habíamos revisado.

Pensemos de nuevo en el escenario de los padres y sus hijos, relación en la cual el vínculo se establece fundamentalmente a partir de un papel de cuidador por parte de los padres para procurar el mayor bienestar posible a sus hijos, pero este sentimiento logra calar de tal manera en los padres que muchos de ellos admiten que su compromiso para procurar la protección de su descendencia es tan profundo e intenso que prefieren morir antes de ver a sus hijos pasar por alguna situación de extremo sufrimiento.

Yo quería a mi papá con un amor que nunca volví a sentir hasta que nacieron mis hijos. Cuando los tuve a ellos lo reconocí, porque es un amor igual en intensidad, aunque distinto, y en cierto sentido opuesto. Yo sentía que a mi nada me podía pasar si estaba con mi papá. Y siento que a mis hijos no les puede pasar nada si están conmigo. Es decir, yo sé que antes me haría matar, sin dudarle un instante, por defender a mis hijos (Abad Faciolince, 2018, p. 14).

Parece existir un patrón de abandono de la propia vida en función del amor, un apagón de los instintos básicos de supervivencia con el fin de procurar una protección al ser amado, en la que los intereses propios de la persona se ven superpuestos por el bienestar del otro en un acto de absoluta entrega enfocado específicamente en procurar el bien de alguien más.

Igualmente, podemos ver que lo natural en relación al ciclo vital es que sean los padres quienes primero abandonen el mundo, una vez hayan realizado su tarea de formación de una nueva generación de seres humanos que llegarán a reemplazarlos en la tierra; pero cuando sucede lo contrario, y son los hijos quienes mueren antes que los padres, podemos experimentar una especie de sinsentido, como si nos encontráramos en un escenario antinatural que carece de toda lógica y orden, probablemente guiado por la sensación de que el hijo había contado con una menor cantidad de tiempo para experimentar la vida y gozar de todas aquellas cosas que esta tiene para ofrecer, dejando las posibilidades abiertas y en duda, pero cuando todas esas sensaciones de dolor son tomadas desde la perspectiva del padre, se puede evidenciar que se presentan exponencialmente aumentadas por el vínculo fundamental que se llega a experimentar, independientemente del tiempo compartido por ambos, en los que la muerte del hijo en muchos casos significa también la muerte, al menos emocional, del padre.

Nuevamente resulta paradójico pensar en el componente que guía a los seres humanos a establecer lazos en los que están dispuestos a sacrificar la totalidad de experiencias futuras al concebir la muerte como un relacionado con el amor, pues si bien el agobio por la pérdida de un ser querido resulta ser un evento infinitamente doloroso, en un sentido netamente lógico y desprovisto de toda noción sentimental, lo más sensato sería conservar la propia vida con el fin de llenarse de nuevas experiencias que mitiguen de alguna forma el daño, incluso, desde un perspectiva eminentemente objetiva, engendrar nuevos hijos. Sin embargo, parece ser que todo aquello que somos capaces de relacionar con el amor se escapa de la configuración de elementos fundamentados en la lógica y la formalidad.

De alguna manera podemos observar que los lazos se hacen extensivos hacia otras esferas que trascienden el núcleo familiar específico, es decir, mamá, papá e hijos, para albergar aún más individuos a los estados de prioridad ligados por la sangre, como lo son tíos, primos, abuelos, entre otros. Sin embargo, a medida que la relación se aleja del núcleo familiar es posible que los lazos pierdan su robustez inicial y se expresen de maneras mucho más discretas, por lo que las personas son capaces de sentir afecto por todos los sujetos presentes en la familia, pero en menor medida que lo hacen los padres hacia sus hijos y viceversa.

Ahora bien, en un sentido un tanto más estricto y de alguna manera tangible, encontramos la significación del *Eros* como la vida.

En esencia, para acercarnos al concepto de la vida, podemos definirla como una serie de procesos fisiológicos que le permiten a un cuerpo orgánico funcionar de manera independiente.

La vida se extiende a través de todos aquellos seres que se presentan en la naturaleza como una entidad única y dotados de alguna manera de voluntad, por lo que en esta definición cabe enmarcar animales, plantas y humanos, es decir, seres con sistemas orgánicos, y aunque

cada uno de estos encuentra formas particulares de manifestar y experimentar la vida, todos ellos se rigen bajo las mismas leyes y los ciclos vitales obedecen criterios específicos.

La vida se presenta de igual manera en todos los seres de la naturaleza, pero esta exige una serie de demandas para continuar funcionando de manera eficiente, como lo es la necesidad de conseguir alimento, para obtener los nutrientes necesarios para el funcionamiento de los órganos vitales, o el descanso para el reposo de algunas partes del sistema que tiene su mayor efecto durante el ciclo del sueño. Igualmente existen otros factores que, aunque no son de carácter fundamental, ayudan a mejorar las condiciones del ser que las ejerce, como la actividad física, y en un sentido estrictamente referido al género humano, el estudio y desarrollo intelectual y personal.

De esta forma, el ser humano puede acrecentar sus habilidades intelectuales y físicas, pues más allá de contar con un alma dotada de *logos*, debemos ser conscientes que de acuerdo con los postulados de Heráclito, este debe mantenerse dentro de su propia naturaleza, es decir, que por más saberes o acondicionamiento físico que obtenga el hombre, estas características se encuentran inequívocamente ancladas a su condición humana, por lo que jamás podría trascender su propia naturaleza, debatiéndose entre las medidas animales y divinas

El concepto de vida se expresa como la existencia de un ser en este mundo, como un ente tiene participación activa en aquellos eventos que se presentan en la tierra y es capaz de intervenir en situaciones que le afectan a nivel individual y colectivo, desarrollando cierto tipo de habilidades específicas y estableciendo lazos particulares con el ambiente y otros individuos. Sin embargo, no podemos asegurar que cada uno de los seres vivos que hemos mencionado llegue a contar con una conciencia genuina de su existencia, pues carecemos de los medios necesarios para establecer una comunicación fidedigna con alguno de los otros seres y sin embargo apenas

si podemos decir que el ser humano es plenamente consciente su propia participación en el cosmos.

Nuevamente, el *logos* de Heráclito permite que el ser humano tenga indicios de ciertos patrones de la naturaleza y se ubique de alguna manera en el universo, lo que nos dice que a partir del desarrollo de sus conocimientos pueda desarrollar una conciencia existencial que le permite diferenciarse de los demás seres.

Si bien no podemos rastrear un criterio de conciencia de la vida en los demás individuos de la naturaleza, si debemos admitir que en cada uno de ellos se expresa un instinto básico de supervivencia, que habrá de guiar sus acciones más elementales en busca mantener la funcionalidad del sistema del ser como unidad, por lo que cada uno de ellos hará lo posible por conservar su vida y desarrollarla en la medida de lo posible. Es la vida perpetuando la vida, pues esta siempre está en función de prolongar el concepto mismo al interior de los seres, haciendo que la forma en que se expresa en cada uno de ellos sea de un valor inconmensurable y magníficamente precioso.

Ahora bien, uno de los factores fundamentales que permite la continuidad de la vida y la existencia de los seres viene a ser la procreación, la producción de una nueva generación de individuos que vendrán a repoblar la tierra cuando sus predecesores dejen de existir, continuando el ciclo sin fin y actuando en función de la vida misma.

Para dar lugar a la procreación debe existir una relación fundamental que precise un vínculo entre seres de genero contrario, macho y hembra, que al reunir sus órganos sexuales logren combinar sus esencias para dar como resultado un nuevo individuo que comparte las cargas genéticas de cada uno de ellos, y este vínculo no podría ser otro que el amor mismo.

El amor se configura como un componente fundamental para la generación de la vida, pues la conexión que establecen dos seres individuales da lugar a un nuevo ente permitiendo que la vida se aloje en este mismo y llamando al tiempo a la vida en su sentido extensivo. Es el amor el que lleva a los individuos a acercarse tanto en un nivel físico y emocional que terminan combinando sus esencias, dando como único resultado posible un exceso de vida que se deriva en una nueva criatura que sella la fusión de sus unidades.

Ahora bien, es de entender que la procreación de nuevos individuos puede darse sin la necesidad de un lazo tan genuino como el amor en el sentido clásico que se ha establecido hasta el momento, pues la unión de los órganos sexuales bastaría para dar lugar al evento de la concepción y eventual procreación, pero es de entender que en toda relación en la que existe una atracción y deseo mutuo, podemos rastrear un dejo de amor en el sentido de unión que se expresa a niveles cósmicos y llama a la suma de las esencias a través de los cuerpos. Igualmente, es de resaltar que venimos trabajando la definición del amor bajo el entendido de un *Eros*, como una fuerza fundamental en función de la vida, por lo que incluso un acto aparentemente desprovisto de amor como guiado únicamente por placer mutuo, encuentra su fundamento en la necesidad de una unión tan íntima que solamente se puede expresar a través del acto sexual, enmarcándose bajo los criterios extensivos del amor y la vida.

Por ahora hemos visto dos conceptos que se asocian directamente con el *Eros*, como lo son la vida y el amor, pero estos pareciera que se encuentra únicamente en nuestro lenguaje y que están al servicio de fenómenos aparentemente aislados. Sin embargo, el *Eros* logra alcanzar niveles de dimensiones cósmicas en las que su definición se configura como una parte fundamental de los elementos de la realidad.

Podemos percibir que el amor funciona como una fuerza, un impulso de calidades creadoras que mueve a la vida para continuar su ciclo y establece lazos entre de los seres de la naturaleza para continuar su cometido. Al mismo tiempo la vida llama a la continuación de la existencia y dota a los seres de instintos básicos que los lleven a sobrevivir y ejercer su ciclo vital de la manera más conveniente posible.

Por esta razón el *Eros* se encuentra tan íntimamente relacionado con la vida y al amor, porque en su esencia es un llamado a la unión de los elementos, a la cercanía entre los componentes del universo para la formación de cuerpos y sistemas más complejos que ayudan a diseñar la configuración del universo, es la fuerza que atrae a la materia entre sí y la lleva a un punto de intimidad en el que esta se compacta a nivel nuclear e incluso de fusión.

Para Empédocles es el Amor (o, como él lo llama, la *φιλία*.) la causa eficiente de toda unión de fuerzas cósmicas. Esta función está simplemente tomada del *Eros* de Hesíodo.

En el comienzo mismo de su relato del origen del mundo, introduce el poeta a *Eros* como uno de los más antiguos y de los más poderosos de los dioses, coeval con la Tierra y el Cielo, la primera pareja, que se junta en unión de amor por obra del poder de aquél (Jaeger, 1952, p.21).

Así, la formación de todo aquello que conocemos en el universo es resultado del amor, pues la formación de los cuerpos celestes funciona a partir de fuerzas que logran acercar los componentes que se encuentran esparcidos a través del cosmos para la creación de entidades que se configuren dentro de algún tipo de unidad definida, por lo que, en un escenario de magnitudes universales, la totalidad de los cuerpos celestes tales como planetas, estrellas, nebulosas, entre otras, existen esencialmente gracias al amor, que lleva a los elementos a asociarse entre sí para formar nuevas singularidades.

Aquí encontramos nuevamente los estados de transmutación de la materia propuesto por Heráclito, puesto que aquí sería el amor la fuerza que actúa para reunir los elementos dispersos en el universo para la creación de nuevas entidades.

Podemos ver que el proceso se desarrolla de manera muy similar al concepto mismo de vida que veníamos trabajando, pues la idea de concepción podemos extenderla hasta escenarios que trascienden la esfera biológica, ya que si bien esta funciona a partir de la unión de los órganos sexuales para la procreación de un nuevo ser, el *Eros* es capaz de ejercer los mismos principios sobre todos los elementos presentes en el universo, puesto que la materia no puede ser creada ni destruida, será el mismo concepto del *Eros* el que gobierne como ley cósmica para combinar y transformar la materia con el fin de crear nuevas entidades, dando movimiento continuo al propio cosmos.

Ahora bien, sería difícil rastrear una conciencia plena de existencia individual al interior de cada uno de las entidades concebidas a partir de materia inerte, como los cuerpos celestes, así como se nos dificultaría asociar su devenir con algún tipo de voluntad, como si parece ocurrir con los seres orgánicos de la naturaleza, particularmente los seres humanos; pero lo que se intenta retratar aquí es que el *Eros* funciona como fuerza de unificación de la materia, un llamado a la cercanía y combinación de elementos universales en todos los escenarios del cosmos, lo que lo radica como uno de los criterios fundamentales para la configuración de la realidad. En ese sentido, el amor y la vida continúan el mismo derrotero en representación máxima del *Eros* al convocar un sentido de unidad que sea capaz de prolongar la existencia de las entidades a lo largo del universo, promoviendo de igual manera la procreación y extendiendo sus efectos.

Por esta razón, los conceptos logran ir más allá de meras contemplaciones insertas en nuestro lenguaje y vemos que tienen implicaciones reales en el universo donde todo lo que podemos contemplar es producto de la sumatoria de elementos que son unidos a través de fuerzas metafísicas para la configuración del sistema universal mismo.

Así, no resulta del todo extraño ni sorprendente que la idea del amor romántico en el ser humano haya sido objeto de particular atención por parte de la comunidad artística y literaria, pues parece haber impreso en nuestro código existencial una tendencia natural hacia la vida y el amor romántico, como una característica redundantemente humana. Así pues, podemos adivinar en nuestro actuar una inclinación a servir el propósito mismo del *Eros* a partir de la unión de nuestras esencias con una pareja para prolongar la existencia y la vida en el universo.

Por esta razón, los ríos de tinta dedicados a la búsqueda, pérdida y victoria del amor resultan ser el lugar más común de producción artística a través de la historia a nivel global, pues la experiencia romántica vivida por otros seres parece alimentar la naturaleza humana misma al arrojar pistas de la mecánica con la que funciona dicho sentimiento y dándonos alguna guía para desenvolvemos en el crispado mar del amor de pareja.

Dicho así, el hombre logra hacer extensiva la ley universal de la vida en busca del amor, por lo que se concibe de forma un tanto más racional que la frustración que presenta un amor no correspondido pueda llegar a desembocar en estados de tristeza y desconsuelo que, en algunos casos extremos puede llegar a la misma muerte, a la no existencia, pues una experiencia alejada del amor es una experiencia alejada de la naturaleza misma al estar en contra del orden universal lógico basado en el *Eros* y la frustración generada por la ausencia de la correspondencia de dicho sentimiento genera estados de profunda angustia.

Por otro lado, y como un concepto simétricamente contrario al *Eros* que venimos estudiando, encontramos el *Tanatos*, como una representación extensiva de la muerte.

Ahora bien, resulta apenas natural que deleguemos una carga moral a cada una de las diadas que hemos venido revisando, por lo que después de percibir la belleza y poesía derivada del *Eros*, casi que inevitablemente lleguemos a considerar el *Tanatos* como algo negativo, algo que debe ser rehuido y evitado a toda costa, esencialmente como algo malo, pues resulta virtualmente imposible que en condiciones normales alguien ansíe la muerte, ya sea propia o ajena; sin embargo, debemos recordar que los conceptos que aquí estamos revisando carecen de una moralidad auténtica, pues sus implicaciones en la realidad son absolutamente neutrales al no obedecer ningún tipo de voluntad específica, sino que sus manifestaciones resultan ser meramente causales. Este resulta ser un suceso apenas entendible, dado que Heráclito nos advertía como los seres humanos son capaces de juzgar a los eventos dependiendo de su propia naturaleza, mientras que los seres divinos posicionan todo suceso en un mismo rango en función de finalidades ulteriores.

La muerte se nos presenta como la cesación de los procesos vitales, es decir en contraposición de la vida, como la finalización de la existencia en el plano de la realidad.

Referidos a la experiencia humana específica, vemos que el ciclo vital funciona de manera muy similar en todos los casos, puesto que el desarrollo a nivel físico y mental se adelanta desde la infancia hasta la adultez en pro de la adquisición de más y mejores habilidades que ayudan a la subsistencia de la entidad misma; pero cuando este alcanza su máximo punto de desarrollo, el sistema empieza a decaer y las fallas se hacen presentes, comprometiendo la integridad de la unidad, por lo que durante la vejez los trastornos mentales y las dolencias físicas son síntomas del mal funcionamiento de la entidad, llevando eventualmente a causar la muerte.

Ahora bien, nuestra relación como género humano con la muerte ha cambiado de manera sustancial a través de la historia y particularmente desde mediados del SXX, puesto que los avances en la ciencias médicas han permitido desarrollar tratamientos para ciertos padecimientos que antes resultaban imposibles de abordar, así como la creación de los antibióticos y el establecimiento de la industria farmacéutica, lo que eventualmente ha desembocado en el aumento de la expectativa de vida de las personas, permitiéndoles abarcar muchas más experiencias a lo largo de su ciclo vital.

Al extenderse la duración de los ciclos vitales, la percepción de la muerte cambia de manera sustancial para los seres humanos, pues al contar con una serie de elementos que lo ayudan a evitar la muerte, como lo son los procesos médicos ya mencionados, da la ilusión de que el fallecimiento de las personas resulta ser algo absolutamente evitable y se enmarca dentro de la equivocada idea que su causa es producto de un mal manejo llevado por los profesionales a cargo o una descarga de magnitudes divinas, que se deriva de una necesidad natural a buscar algún tipo de culpabilidad en eventos devastadores y difíciles de procesar.

Por supuesto que estamos revisando como procede el concepto de la muerte obedeciendo criterios esencialmente naturales, en el sentido que los seres dotados de una vida cumplen su ciclo vital completo y su fallecimiento se ubica dentro de los estándares entendibles del orden universal; pero puede ocurrir el caso de alguna eventualidad que deviene del exterior, de tipo voluntaria o causal, que lleve a terminar con la vida de los seres, como lo son los accidentes, en el plano involuntario, y los asesinatos en el caso discrecional. Por esta razón, la muerte de un ser como expresión de un acto violento va en contra de todos los principios naturales y es ampliamente reprochado en el marco de cualquier sociedad razonable.

Ahora bien, el concepto de muerte se encuentra inserto en el lenguaje humano, pero esto no quiere decir que sus efectos no trasciendan a la naturaleza de otros seres, puesto que todo aquello que tiene vida esta inexorablemente condenado a desembocar en la muerte. Por ello podemos evidenciar la cesación de los ciclos vitales en seres con bases orgánicas como animales y plantas, por lo que es posible rastrear en ellos el proceso vital completo, desde su concepción, pasando por las experiencias, conscientes o no, de una vida, hasta su eventual deceso. Incluso podríamos lograr extender su definición hacia la existencia de los cuerpos celestes, por lo que podemos hablar de una “vida” y una “muerte” de entidades como estrellas y planetas, dado el hecho que es viable buscar y encontrar un punto de creación, que se da expresamente en el momento que cierta cantidad de materia es reunida para la formación de una entidad, un ciclo vital, en el que las funciones de la unidad son capaces de desarrollarse de manera independiente, y finalmente una falla en sus procesos fundamentales que terminan y cancelan la integridad de la entidad.

Si bien la revisión de la muerte llega como una representación contraria al concepto del *Eros*, seria natural, como ya mencionamos, anhelar el amor y la vida y rehuir automáticamente a la muerte, puesto que este último concepto está particularmente atado a la experiencia de dolor que se manifiesta al momento de perder a un ser querido. Sin embargo, es de resaltar que la muerte cumple una función fundamental en el desarrollo de la experiencia vital misma, lo que lo configura como uno de los procesos fundamentales para el desarrollo de la existencia.

No podemos concebir a la muerte sin la vida, y esto resulta ser así porque también resultaría de igual dificultad realizar el proceso a la inversa, es decir, la vida sin la muerte, por lo que podemos enmarcar esta diada filosófica como una de carácter fundamental en la lucha de contrarios propuesta por Heráclito. Esta relación primigenia resulta estar ligada desde un punto

que se remonta a las bases mismas del universo, pues su sincronía es tan especializada que una logra existir solamente en función de la otra, la muerte en función de la vida y la vida en función de la muerte.

La vida se desarrolla en función de la muerte en la medida que todo proceso vital está condenado a dejar de operar eventualmente, pues una vez agotados sus procesos existenciales la vida deja de habitar en sus cuerpos y da lugar a materia inerte que regresara de manera orgánica a la naturaleza misma. Si concebimos la vida como una fuerza, encontraremos que en un punto esta deja de ser alimentada o ya no puede procesar los ingresos de la misma manera por el desgaste del sistema, por lo que a muerte representa el eventual fin del ciclo vital.

De esta manera, podemos encontrar otro de los postulados de Heráclito al atender la materia orgánica a los procesos de transmutación fundamentales de orden universal, en la guía de reorganizar sus elementos para dar lugar a la configuración de nuevas entidades y hacer extensivo el movimiento del cosmos al servir un propósito distinto al inicial.

Posiblemente sea esta misma percepción la que logra dar tanto significado a la vida misma, en la medida que todos los seres humanos logramos en mayor o menor medida tener este tipo de conciencia existencial, dado el hecho que todo aquello que podemos experimentar se encuentra fijado específicamente en la vida, por lo que nuestro aporte real al mundo y la historia de la humanidad, más allá de mera materia, son los pequeños acontecimientos que se expresan en nuestro ciclo que en la medida de lo posible está dirigido a la mejora de las condiciones de vida para los demás, razón por la cual nuestra medida de tiempo resulta ser en realidad una medida de muerte, o, lo que es lo mismo, una medida de vida.

Puede resultar un pensamiento aparentemente siniestro, pero la verdad es que desde el momento en que nacemos es el mismo momento en el que empezamos a morir, pues de allí en

adelante, aunque nuestros procesos se desarrollen en una mejora de condiciones físicas y mentales que nos permitan la adquisición de nuevas habilidades y experiencias, en realidad nos acercamos cada vez más al punto máximo en el que nuestras capacidades no pueden encontrar mejores vías de desarrollo, por lo que las condiciones solo encuentran la opción de descender, causando fallas en el sistema, y eventualmente la muerte.

Por otro lado, la muerte actúa en función de la vida, pues en primer lugar nos brinda una perspectiva finita de esta, lo que dota de un sentido sustancial a las experiencias que se logran llevar a lo largo del ciclo vital, por supuesto, aludiendo específicamente a los seres orgánicos conscientes de su existencia. Pero además de esto, la muerte es capaz de alimentar la vida en un sentido material, pues al disponer de los restos mortales de los seres orgánicos, al regresar a la naturaleza, funcionan como nutrientes que serán aprovechados por una nueva forma de vida para unificar su esencia y configurar un nuevo ser, obedeciendo a la ley esencial de transformación de la materia en la que ningún elemento presente en el universo se desperdicia, solo se transforma y pasa a cumplir una nueva función bajo una nueva denominación.

Así, por salvaje que nos parezca presenciar una escena clásica de caza en un ambiente silvestre, como los leones o hienas tras las gacelas, el tiburón con las focas, las ranas con los grillos, entre otros, en realidad estas acciones no están guiadas por ningún patrón de comportamiento basado en la violencia, pues solo obedecen a un comportamiento básico de subsistencia que se imprime en todos los seres vivos, por lo que la muerte de una presa alimentara la vida de un depredador, lo que se traduce en la misma premisa de la muerte sirviendo a la vida. Quizás podamos presenciar la misma escena en contextos menos dramáticos, como en la alimentación de algunos seres herbívoros, por supuesto, a partir de plantas, lo que

resulta ser otro ser vivo, pero esencialmente sigue obedeciendo al mismo patrón de alimentar la vida.

De igual manera, como ya hemos visto, la definición logra hacerse extensiva hacia escenarios más allá de la materia orgánica, con entidades que logran definir su propia unidad y en los cuales podemos adivinar una esencia propia, como lo son los cuerpos celestes. En estos podemos evidenciar procesos vitales que son esenciales para el funcionamiento del sistema y que requieren el consumo de ciertos elementos para su subsistencia, pero que dado su eventual fin es capaz de liberar tales cantidades de materia y energía que permite la formación de nuevos cuerpos, como cuando el estallido de una supernova libera variedad de elementos en diferentes direcciones del universo y desemboca en la formación de nuevos planetas y estrellas.

Ahora bien, el concepto de la muerte cumple una función esencial para la promulgación de la vida y este es el control poblacional. Debemos ser conscientes de que vivimos en un espacio limitado habitando un planeta con recursos finitos, pues si bien algunos de los elementos que encontramos en la naturaleza son de carácter renovable, y otros no, la necesidad de consumo para el mantenimiento de las funciones vitales por los diferentes seres así como la disposición de espacio para su eventual desarrollo debe contar con un amplio margen que permita el progreso de cada uno de los seres. Por ello, la tierra no cuenta con la capacidad para albergar al mismo tiempo a todos los seres vivos que alguna vez existieron, por lo que se requiere una función de ciclos vitales finitos con duraciones específicas para que la muerte de unos dé lugar al desarrollo de la vida de otros.

Al día siguiente no murió nadie. El hecho, por absolutamente contrario a las normas de la vida, causó en los espíritus una perturbación enorme, efecto a todas luces justificado, basta recordar que no existe noticia en los cuarenta volúmenes de la historia universal, ni

siquiera un caso para muestra, de que alguna vez haya ocurrido un fenómeno semejante (Saramago, 2015, p. 13).

En ese sentido podemos explorar la idea de lo que pasaría si la vida no contara con la función esencial de la muerte, si la producción de seres fuera constante sin control en la existencia, llamando más a la vida sin un límite claro que permita el reposo de las funciones de la realidad, y uno de los efectos de dicho panorama sería la acumulación de seres en el planeta, lo que desencadenaría una carga desproporcionada para los recursos que puede ofrecer la naturaleza, así como el mismo espacio que requiere cada una de las entidades para su desarrollo, llevando al planeta a un punto de quiebre en el que la vida sería absolutamente insostenible.

Igualmente, basados en las funciones orgánicas, como ya vimos, la muerte de algunos seres cumple la función de alimentar a otros individuos en la naturaleza, por lo que el impedimento del cierre de sus ciclos vitales pondría un freno a los procesos fisiológicos que permiten a un individuo operar, generando un escenario de absoluto desconcierto en el que no existe la muerte, pero tampoco florece la vida.

La muerte resulta ser uno de los elementos esenciales de la realidad, pues permite el funcionamiento del mismo ciclo de la existencia al dar un respiro a los procesos de la naturaleza para la renovación de sus elementos a partir de la transformación de la materia, lo que a su vez concede que los ciclos vitales de los seres continúen con su eventual flujo y la vida pueda prosperar en diferentes escenarios.

La idea de fluidez de todo lo que existe propuesta por Heráclito toma total sentido al analizar estos eventos, pues vemos que en su proceso cada uno de los contrarios tiende a la continuación de los fenómenos de la realidad y su conflicto da movimiento al universo.

Así podemos evidenciar que ambos conceptos, tanto la vida como la muerte, resultan estar entrelazados en una relación tan fundamental que ambos necesitan estar conectados en un baile sinérgico que permita la absoluta funcionalidad de cada uno de sus procesos, pues así logran aportar bases sostenibles a la configuración de la realidad.

Finalmente, hemos explorado como el concepto de la muerte viene a los seres humanos desde una manifestación que tiene su origen en el exterior, de manera impersonal cuando proviene de la naturaleza misma, y de forma discrecional cuando obedece a la voluntad de otra persona. Sin embargo, la muerte también puede manifestarse a partir de la voluntad de la misma persona, en la que ante una situación de extrema dificultad o que genera un estado de angustia desmedida, la persona prefiere optar por el suicidio que experimentar más sufrimiento.

“Es una lástima encontrarse todavía con un suicidio que no sea por amor” (García Márquez, 2015, p.26).

De nuevo encontramos la relación entre el *Eros* y el *Tanatos*, pero ya no en la dicotomía entre la vida y la muerte, sino que contraponemos la muerte misma al amor. Parece que la segunda relación tiene igual importancia que la primera, pues como ya mencionamos, el amor resulta ser un elemento tan básico en el desarrollo psicosocial de la persona, que su ausencia refiere más a un estado de inanición emocional que se manifiesta en la propia muerte. Así resulta comprensible encontrar casos de suicidio que nacen específicamente de la pérdida de un ser amado, como una pérdida del sentido de la vida al no encontrar en su existencia una satisfacción realmente significativa.

De igual manera, si bien el sufrimiento por un amor perdido puede presentar una situación de suicidio, esta también puede acontecer en otros escenarios que se alejan sustancialmente del contexto romántico, como lo es la acumulación excesiva de deudas, el

padecimiento de trastornos mentales e incluso la misma muerte de un ser muy cercano, ya sea familiar o amigo. La cuestión a estudiar resulta ser el término de la vida por mano propia al encontrarse con situaciones difíciles de sobrellevar, lo que sigue estableciendo una paradoja que reta todo sentido de lógica, pues en el orden sensato, resultaría más eficiente continuar la vida que encontrar un final irremediable con la muerte.

En este caso particular podríamos hablar de una idea de amor propio, una clase de ego benigno, en el que el ser reconoce su papel entre los demás a partir de la significación de su identidad, no solamente en busca un estado de supervivencia causal ni una mera satisfacción sus necesidades mínimas para el mantenimiento de unas condiciones de vida, sino tomando una participación activa en el universo y posicionándose como prioridad de su propia realidad. Sin embargo, cuando estas condiciones se ven disminuidas de manera sustancial, el paso de una vida en difíciles condiciones y dolorosas hacia la muerte resulta ser mucho más considerable por parte de la persona.

Es decir que ambos conceptos tienden a llamarse entre sí, pues la vida convoca al mismo tiempo a la muerte y a más vida, así como la muerte está al servicio del alimento de la vida. El punto es que ambos resultan ser de carácter fundamental para la reproducción de la naturaleza y el movimiento del universo, permitiendo el desarrollo de los seres y demás elementos presentes en el cosmos, uniéndose en un interminable sincronía que configura los escenarios de la existencia.

Luz y Oscuridad.

Ahora entraremos a explorar una diada que, a pesar de tener evidencias más empíricas en el universo, sigue atendiendo a fenómenos que pueden ser configurados como conceptos, pues sus

efectos se extienden a lo largo del cosmos y tienen implicaciones directas en la configuración de la existencia; estos son la luz y la oscuridad.

En primer lugar debemos realizar la aclaración que mencionamos con cada una de las diadas pero nunca está de sobra, y esta es el desposeer a los conceptos de toda carga moral que sea posible adjudicarle, pues al referir los fenómenos que actualmente entraremos a estudiar, resultaría relativamente sencillo relacionar a la luz con el bien y a la oscuridad como una manifestación del mal; sin embargo, buscaremos mantener la neutralidad de los conceptos a partir de su estudio desde una perspectiva fundamentalmente física.

Esta vez iniciaremos directamente por el estudio de los cuerpos celestes, pues los fenómenos de la luz y la oscuridad resultan estar particularmente presentes en estas entidades, permitiendo su interacción a nivel cósmico.

La fuente particular de luz que podemos encontrar en el universo son los cuerpos celestes conocidos como estrellas que son perfectamente observables desde nuestro planeta natal con cierta facilidad.

Pumba: Timón, nunca te has preguntado que son esos puntos brillantes de arriba.

Timón: No me lo pregunto, lo se.

Pumba: Ahh... ¿Y qué son?

Timón: Son luciérnagas, luciérnagas que se quedaron pegadas en esa cosa negriazul de arriba.

Pumba: ¿Ahh si? Siempre pensé que eran bolas de gas quemándose a millones de kilómetros de aquí.

Timón: Pumba, contigo todo es gas.

(Minkoff y Allers, 1994, 50:36)

Las estrellas son esencialmente unidades compuestas por diferentes elementos en forma de gas que colapsan constantemente sobre sí mismas, liberando grandes cantidades de energía que se esparcen en todas las direcciones del espacio vacío.

Las estrellas son uno de los cuerpos celestes más esenciales que podemos encontrar en el universo, pues su formación representa una de las primeras materializaciones del concepto de unidad, pudiendo reunir diferentes elementos en un solo cuerpo para la formación de una entidad que logra configurarse a partir de materiales disimiles, pero logran un marco de funcionalidad en la que todos aportan a la integridad del mismo sistema.

Estas resultan ser la reunión de diferentes elementos dispersos que se encuentran en las nebulosas, una formación virgen de recursos que se esparce y refiere a uno de los fenómenos más antiguos en el universo.

La luz cuenta con una dualidad partícula-onda, que hace que el fenómeno de la luz resulte ser uno de los más peculiares en el estudio de la física, pues a lo largo del desarrollo de esta disciplina se han establecidos reglas de comportamiento para uno u otro, pero resulta ser bastante particular que ambas se expresen en el mismo fenómeno.

Como podemos evidenciar, la luz es un evento que más allá de ser una simple reacción resulta ser uno de los acontecimientos más relevantes en la configuración del universo, pues además de ser el fenómeno que nos permite ver los colores tiene un fundamento físico bastante relevante en lo que respecta a los eventos que se desarrollan en el cosmos.

Ahora bien, la fuente de luz natural con mayor presencia, y por lo tanto más relevantes para los seres humanos es el sol, una estrella mediana que logra irradiar luz amarilla a través de un vasto cúmulo de cuerpos celestes que conocemos como Sistema Solar, y extensivamente, la Vía Láctea. Aunque su masa y efectos sean perceptibles en el planeta tierra, eventualmente los

fenómenos que se derivan de ella son capaces de recorrer una gran distancia en el universo, puesto que después de una considerable cantidad de espacio vacío su luz puede alcanzar cuerpos que se encuentran mucho más allá de nuestra vista.

Ahora bien, los efectos que la luz ofrece a nuestro planeta son variados, pues esta llega a ser aprovechada por diferentes seres para ejercer funciones específicas. El primero y posiblemente más relevante sea el establecimiento de lo que conocemos como el día y la noche, lo que nos demuestra desde un inicio la importancia del fenómeno, pues este es capaz de disponer ciertas condiciones ambientales a manera de fundamentos para el desarrollo de actividades concretas.

Aquí podemos evidenciar como dos eventos contrarios se remiten en esencia a la manifestación de un fenómeno anterior, pues, aunque el día y la noche son fenómenos contrarios, ambos remiten su naturaleza a un evento anterior como lo es a luz, por lo que podemos ver que, en consonancia con las ideas de Heráclito, muchos de los elementos de la realidad están en atados en su núcleo a una fuerza anterior, y esta es el conflicto.

En una definición bastante básica y rudimentaria, podríamos afirmar que gran parte de la actividad en la tierra se divide entre diurna y nocturna, y esta diferenciación se realiza obedeciendo a un criterio único: la cantidad de luz natural disponible en un tiempo determinado. Resulta interesante la cantidad de elementos que el efecto lumínico puede condicionar en la tierra, pues los seres han sido capaces de adecuar sus actividades y funciones de acuerdo a su relación con la luz.

En el escenario del reino vegetal, vemos como la luz sirve como un motor a la hora de proporcionar energía para los procesos fundamentales de la actividad de las plantas, generando

como resultado el sistema de purificación del oxígeno, elemento esencial para la vida en la tierra, redundando en la función vital de la luz y su importancia sobre los procesos en nuestro globo.

En el reino animal, encontramos que las actividades se encuentran condicionadas por la luz en la función del campo de visibilidad de los seres, por lo cual, algunos animales tienen mayor oportunidad de actuar y reaccionar frente a peligros inminentes de acuerdo al campo de percepción visual que tienen al recibir luz natural, sintiéndose mucho más cómodos con la luz del día, pues así puede desarrollar actividades básicas para su supervivencia como lo es la obtención de agua y alimento.

Pero la luz no solamente condiciona respecto a su presencia, también su ausencia logra configurar comportamientos esenciales en la naturaleza, pues, algunos seres logran desarrollar sus sistemas fisiológicos para actuar específicamente durante la noche, por lo que cuentan con adaptaciones especiales en su anatomía, como configuraciones particulares en sus ojos y oídos, para desenvolverse con mayor facilidad bajo el abrigo nocturno.

Como podemos evidenciar, gran cantidad de las interacciones que se establecen entre los seres en la tierra depende de la disposición de luz natural, pues es en función de esta que los seres son capaces de interactuar con su entorno de manera sensorial, puesto que la vista resulta ser un factor determinante para las posibilidades de supervivencia de un animal que debe aventurarse en diferentes escenarios para la obtención de recursos.

Ahora bien, desde una perspectiva eminentemente humana, apelamos a nuestra capacidad empírica, es decir nuestros sentidos, para poder denotar los efectos que se desprenden del fenómeno lumínico. En primer lugar, debemos atender a la vista para poder interactuar con nuestro entorno de manera eficiente, pues a través de este sistema somos capaces de percibir de manera clara lo que se nos presenta, con el fin de procesar la información que tenemos para

tomar las mejores decisiones posibles y mantener una relación de ventaja que se traduzca en mayores posibilidades de supervivencia.

La manera en la que nos relacionamos con la naturaleza desde la perspectiva visual es a través de imágenes, pues los seres humanos somos capaces de captar diferentes elementos de la realidad y traducirlos a un lenguaje pictórico que nos permita abstraer el panorama y crearnos una idea de todo aquellos que se presenta frente a nosotros. Por supuesto que la abstracción de la imagen no es el final del proceso, pues las imágenes se encuentran cargadas de información que merece ser procesada y analizada para evaluar el estado de los eventos en nuestro devenir y actuar de acuerdo a la decisión más sensata para el caso concreto.

Los seres humanos somos seres en cierta medida empíricos, es decir que en un nivel muy básico actuamos de acuerdo a los datos que recibimos de nuestros sentidos, y esto se evidencia en mayor medida cuando analizamos la vista, puesto que muchos de nuestros actos obedecen en esencia a aquello que somos capaces de ver, pues tomamos esta experiencia como un criterio válido de que las cosas existen tal y como las percibimos.

Sin embargo, debemos reconocer que no todo aquello que percibimos a través de la vista resulta ser absolutamente verídico, pues, aunque en un primer estudio la información que adquirimos a través de nuestros sentidos resulta ser de carácter axiomático, los elementos de la realidad pueden estar dispuestos de manera distinta a lo que percibimos, por lo que puede darse el caso que estemos tomando como ciertas algunas escenas que tienen un significado totalmente distinto a lo que entendemos.

En este punto debemos recordar a Heráclito y su repudio por lo aparente, en la medida que estos fenómenos se prestan para confundir al hombre y llevarlo por caminos ajenos a la

esencia de las cosas, mientras que aquellas que se alejan de los sentidos y tiene su base en la razón, son las que acrecientan el espíritu humano al ejercitar su *logos*.

El punto resulta ser que, si nos basáramos únicamente en nuestros criterios empíricos, estaríamos aludiendo indefinidamente a la apariencia de las cosas, lo que podría darnos cierta idea de nuestro entorno, pero al mismo tiempo estaríamos perdiendo gran parte de la información que se traza a través de los diferentes elementos de la realidad que carecen de una presencia física.

“Lo esencial es invisible ante los ojos” (Saint-Exupéry, 2015, p.84).

Existe gran cantidad de información en el universo a la que resulta casi imposible acceder a partir de medios empíricos, pues su naturaleza se manifiesta de manera mucho más sutil y para su interpretación solamente podemos apelar a la razón. Este tipo de eventos guarda la característica fundamental de que la mayoría de veces solo somos capaces de percibir sus efectos mas no su fuente, por lo que para llegar a su origen debemos abordarlo a partir de escenarios que trascienden el carácter físico. Por ello, la información de la que se carga este tipo de fenómenos debe ser traducida a otro tipo de lenguaje que adquiere un total sentido una vez que ha sido interpretado de manera racional.

Pensemos por ejemplo en los números, un fenómeno con el que estamos íntimamente relacionados y que de alguna manera todos conocemos, pero que sería difícil atribuirle una característica corpórea, pues el hecho de que se escriba en este texto el símbolo “2” no quiere decir que se haya capturado la esencia del número y la conserve dentro del símbolo, este funciona más bien como una referencia al concepto mismo del número y remite a su propia naturaleza. Es decir, el numero en si no puedo ubicarlo dentro de un espacio físico porque este

no existe, pero ello no logra hacerlo menos real, pues la matemática es uno de los lenguajes esenciales con que interpretamos el universo.

Incluso en la actualidad sería más sencillo detectar la idea de la apariencia si lo relacionamos con el concepto de la virtualidad, que gracias a los avances tecnológicos del último siglo resulta ser un tanto más notable la distancia que guarda con la realidad y la corporalidad.

Sería difícil establecer geográficamente donde queda el internet, la ubicación de un correo electrónico y el espacio que ocupa un texto digital, pero estos fenómenos resultan esenciales a la hora de estudiar la forma como funciona el mundo en la actualidad, al punto que nos parece inconcebible vivir sin ayuda de dichos sistemas. La cuestión resulta ser que a pesar de no poder percibir de manera directa los ceros y unos que configuran el lenguaje digital, estos existen y forman parte de nuestra realidad a pesar de no contar con una masa definida.

Ahora bien, si bien establecimos que la visión puede llegar a engañarnos y esta se da en gran medida gracias a que la luz natural nos permite ver los objetos a nuestro alrededor, recae únicamente en nuestro criterio el no dejarnos llevar por la apariencia plena y aplicar a los elementos que vamos percibiendo un criterio de racionalidad, para desenvolvernos de manera mucho más eficiente en la realidad.

Sería injusto culpar a la luz de llevarnos a caer en situaciones que atienden a la apariencia, puesto que esta simplemente dispone los objetos a nuestro alrededor para ser percibidos por un sentido específico, cosa que ocurriría de igual manera con el oído o el tacto, el punto es que los sentidos pueden adelantarnos hasta cierto punto en la búsqueda del conocimiento, pero cuando estos agotan su función, deben entrar a ser intervenidos por la razón, para que más allá de mera información se conviertan en puntos de saber.

Ahora bien, a la luz se contrapone un evento de igual relevancia que interactúa con esta en una relación simbiótica que dota de sentido, identidad y función al fenómeno lumínico, y este resulta ser la oscuridad.

Debemos empezar por reconocer que la oscuridad se traduce como una ausencia de luz, es decir, que su origen no emana de una fuente, sino que esta se expresa constantemente en la medida que su espacio no sea invadido por su parte contraria.

En este sentido, la oscuridad no viaja desde ni hacia ninguna parte, se encuentra permanentemente dispuesta en el espacio acechando cada rincón donde queramos buscarla, como una huella imperceptible que data de los orígenes del cosmos.

Relacionando ambos fenómenos, entendemos la oscuridad en la medida que se invierten las características de la luz al polo opuesto en su máxima expresión, teniendo en cuenta que la oscuridad no es constantemente generada sino imperativamente presente. En primer lugar, vemos que la oscuridad se encuentra íntimamente relacionada con el frío, a un nivel terrenal como a escala cósmica, pues en ausencia de una estrella cercana que irradie suficiente carga lumínica, tanto los planetas como otros cuerpos celestes tienden a enfriar su superficie a temperaturas insostenibles, por lo que se configura un espacio de alta dificultad para la aparición de alguna forma de vida.

El universo resulta ser un lugar elementalmente frío, pues necesita de fuentes de energía específicas para poder generar algún ambiente de calor que cree una nueva dinámica en escenarios lejanos a su origen. Para ejemplo, nuestro planeta resulta ser la prueba perfecta, al mantener un equilibrio específico entre el frío y el calor para lograr la promulgación de la vida.

Ahora bien, una vez desarrolladas las formas de vida, como ocurre con nuestro planeta natal, estas criaturas siguen guardando cierta relación con la diada luz-oscuridad, pues ya

examinamos como el fenómeno lumínico beneficia la visión de los seres durante el ciclo diurno, pero una vez que este llega a su fin, la oscuridad entra a ocupar su lugar natural y la noche abraza todo el espacio concebible.

En la noche se desarrollan diferentes eventos que resultan ser altamente peligrosos para los seres habituados a la vida diurna, pues ante la plena oscuridad el sentido de la vista se ve obstaculizado al no poder percibir los objetos del entorno, por lo que las actividades de descanso suelen estar programadas durante la etapa de menor visibilidad.

“La noche es oscura y llena de terrores” (Benioff, Weiss y Taylor, 2012).

El terror de la noche se encuentra directamente asociado a la idea que las criaturas diurnas no son capaces de percibir lo que ocurre a su alrededor, por lo que se siente constantemente amenazados frente a un peligro que bien podría existir o no, pero que a su parecer se encuentra en las sombras esperando que esta ceda una parte de su atención para sacar ventaja.

Pero sería muy limitado pensar que el fenómeno de la oscuridad se presenta exclusivamente en nuestro planeta, pues esta se extiende a niveles cósmicos en todos los escenarios del espacio. Su naturaleza es más bien oculta, puesta está constantemente presente en su estado más puro, y puede encontrarse toda vez que la luz no interrumpa su esencia.

Así, existen formaciones de oscuridad tan concentrada, que son capaces incluso de absorber la luz, y nos referimos a la singularidad que se conoce como agujero negro. Este resulta ser un fenómeno particular que consume todo aquello que se encuentra en su radio de efecto, siendo tan poderoso que es capaz de doblar y absorber la luz.

Resulta curioso pensar que la formación de los agujeros negros suele darse por el colapso de una estrella, que libera todos los elementos hacia el espacio y queda un su lugar un sector tan

redundantemente vacío que invierte en total su naturaleza, de un cuerpo que irradia luz a una oscuridad que la absorbe, reforzando la idea de correlación y reciprocidad entre ambos fenómenos.

En este punto podemos encontrar una relación incluso material de la teoría de los contrarios de Heráclito, en el sentido que la materia logra hacer extensivos los principios fundamentales del universo, para dar testimonio de que su esencia sigue debatiéndose entre el conflicto de contrarios.

Actualmente se encuentran aún en debate los efectos que pueden ocurrir al interior de un agujero negro, pues considerando que es un fenómeno que conserva un halo de misterio, se mantiene en un estado teórico todo aquello que puede suceder del otro lado, tales como los efectos de alteraciones en el tiempo y el espacio y la posibilidad de saltar a diferentes puntos del universo.

Sin embargo, este misterio solo logra reforzar su denominación, pues regularmente se suele asociar la oscuridad como un espacio de incertidumbre y desinformación, como un evento que guarda en su interior una naturaleza secreta y que podría ser eventualmente revelado. La oscuridad es sinónimo de una ausencia, de algo que se ignora o desconoce, y por eso tiende a asociarse con una carga negativa, pues el hombre en su afán de dotar a cada una de las cosas de nombre y sentido, suele rehuir a aquellos eventos que se escapan de su entendimiento.

Pero más allá de un punto de inflexión o frustración, la oscuridad debe ser abordada como un fenómeno de posibilidades infinitas, pues todo misterio es en realidad un evento por revelar, y esto conduce al espíritu humano por los caminos que lo han llevado a forjar su carácter y escudriñar las bases de la realidad, “iluminando” aquello que encuentra a su paso.

Pero no está demás decir que siempre habrá nuevos misterios por descubrir, nuevas oscuridades que iluminar, puesto que la configuración de la realidad así está dispuesta, y necesita de ambos fenómenos para regular su existencia.

El algo y la nada.

Hemos revisado hasta el momento una serie de fenómenos que se contraponen en su esencia, diadas cuya naturaleza está configurada de tal manera que encuentra una contraparte que dista fundamentalmente sus propiedades, pero complementan sus funciones. De tal manera está dispuesta la realidad, de contrapartes llevadas a entrar en conflicto para generar movimiento suficiente en el universo a partir del reconocimiento y disputa entre los polos opuestos de un mismo fenómeno.

Sin embargo, al analizar de forma más detallada los conceptos aquí expuestos, podemos encontrar una suerte de patrón, en la medida que todas ellas atienden a un evento que se caracteriza por su presencia y a la vez por su ausencia. A partir de las diadas hasta ahora estudiadas podemos ver que la esencia de las contrapartes de los fenómenos esta formalizada de tal manera que un fenómeno existe y se manifiesta en la medida que su contraparte entre a cancelarlo, por lo que la ausencia entra a ser un elemento fundamental para la configuración de la realidad.

Si lo aplicamos a las diadas, vemos que existe un elemento de contenido contrapuesto a una ausencia, pues si el concepto de orden es una parte de contenido, el caos puede llegar a ser definido como la ausencia de este, la muerte como la ausencia de vida y la oscuridad como ausencia de luz.

Así parece estar construida la realidad, a partir de partes de algo y partes de nada, que lejos de buscar un acaparamiento de su contraparte buscan entrar en una disputa que regule y

equilibre las fuerzas de la realidad para dar movimiento a todo ello que se encuentra en el universo.

La cuestión del algo y la nada ha sido estudiado por diferentes pensadores a lo largo de los siglos, pero para el caso concreto entraremos a estudiar a un filósofo que durante el SXVII buscaría en el lenguaje una forma de traducir y codificar todo aquello que se encuentra inscrito en el universo, y este es Gottfried Leibniz.

Leibniz crece con una formación cristiana, lo que desde un principio habría de marcar una fuerte tendencia teológica en su desarrollo intelectual. Desde un inicio sus postulaciones estarían particularmente cercanas a ideas como la felicidad y la justicia, pero siempre encaminada a un criterio de orden divino que regiría sobre todas las cosas presentes en el universo.

Así habría de continuar sus investigaciones hasta encontrarse con un tema que lo fascinaría, el lenguaje, pues en este hallaría una configuración de calidades universales que permitiría la interpretación de todo aquello que existe. En un inicio estaría guiando su criterio por la idea antigua de una lengua adánica, como una lengua primigenia que dataría del principio de la creación misma, pero eventualmente, hallaría en la aritmética indicios de un lenguaje capaz de interpretar todo lo que existe basado en un componente de orden matemático.

Todo lo ordenó Dios así desde el principio. Yo pienso que las mentes individuales están destinadas a la alegría y a una felicidad insigne como en el caso de un número grande de infinitas cifras, las cuales proporcionan insignes teoremas. Sería una gran cuestión ver si a partir del conjunto de todos los números finitos se puede definir alguno, más bello que todos los demás, exceptuada quizás la unidad, que contenga a la vez todas las potencias (Leibniz, citado por Araya-Moreno, 2016, p. 25).

Así dispuesto el escenario, Leibniz estaría en la búsqueda de un método de escritura universal que sería capaz de ser expresado y entendido por todos los seres inteligentes de la creación, lengua que el mismo llamaría “Característica Universal”.

Pero para manifestar dicha lengua necesitaría elementos que lo ayudaran a codificar las expresiones, en la medida que los valores que proponga deben remitir a ideas mucho más complejas, representando así la totalidad de ideas en un código, y para ello precisaría de lo que conocemos como signos.

[...] Entre los signos incluyo los vocablos, las letras, las figuras químicas y astronómicas, los caracteres chinos, los jeroglíficos, las notas musicales, y las estenográficas, aritméticas y algebraicas, y todas las demás que ponemos en lugar de las cosas al pensar (Leibniz, citado por Araya-Moreno, 2016, p. 25).

Los signos son aquellos elementos pictóricos cuya combinación específica nos refiere a ideas y conceptos mucho más elaborados, por lo que las diferentes configuraciones que se utilice de los mismos pueden desembocar en posibilidades casi infinitas.

Referidos a la combinación de signos, los 27 caracteres del alfabeto resultan ser impresionantemente pocos para la cantidad de ideas que se pueden expresar a partir de ellos, pero la idea de Leibniz era simplificar aún más el lenguaje en la medida que todo pudiera ser representado por la más mínima cantidad de símbolos posible. Para ello, no existiría nada más pequeño y elemental que la unidad, es decir el número 1, pero este debía estar complementado con su contraparte, algo que diferenciara todo aquello que significa la unidad, y para esto se colocó el vacío, la nada, representado por el número 0.

[...] ese cálculo da una admirable representación de la creación. Y es que según ese método todos los números se escriben mezclando el cero y la unidad, más o menos como

todas las criaturas proceden únicamente de Dios y la nada. Nada hay en las matemáticas que me parezca mejor que esto para el uso de la religión y para confirmar uno de sus artículos más importantes, que los filósofos no cristianos suelen rechazar unánimemente (Leibniz, citado por Araya-Moreno, 2016, p. 30).

Ya habíamos advertido de la formación cristiana de Leibniz y como esta habría de guiar las formulaciones intelectuales del mismo, pues al concebir a Dios como la unidad suprema que rige todas las cosas en el universo, habría de contraponerse a este un espacio vacío, una nada que funcionaría como contrario perfecto. Los espacios de ausencia estarían separados del bien de Dios, por lo que se percibe como un lugar perfecto para que el mal se pueda propagar, pues desde esta perspectiva el mal no es particularmente generado, sino que pasa a ser la ausencia del bien de Dios.

Así se representaría la unidad, refiriendo al bien de Dios, contra el cero, que representa el mal que se produce en la nada, y la configuración de toda la realidad pasaría a ser traducida a esta lengua específica a partir del código generado con los caracteres del 1 y el 0.

[...] el cálculo por dos, es decir, por 0 y 1, como compensación por su longitud, es el más fundamental para la ciencia y proporciona nuevos descubrimientos que en seguida se revelan útiles, incluso para las prácticas de los números, y sobre todo para la geometría (Leibniz, citado por Araya-Moreno, 2016, p. 31).

Basado en este criterio, Leibniz habría de encontrar el balance perfecto entre la matemática y su formación cristiana, logrando representar a través de 1 y 0 toda la configuración de la realidad.

En la actualidad este sistema es conocido como código binario, aludiendo a la formulación esencial de sus dos caracteres, y es utilizada para establecer todo el lenguaje digital que somos capaces de apreciar en nuestros tiempos.

Gracias al código binario, somos capaces de interactuar con otras personas a miles de kilómetros de distancia a partir de aparatos tecnológicos que traducen la información que enviamos en cuestión de segundos. Es el código binario el que permite la interconexión de las personas y el tránsito de datos a una velocidad sorprendente, por el podemos movernos en un espacio absolutamente digital y es este el que abre las puertas a todo un nuevo mundo que hace parte de nuestras vidas en la época actual.

Aplicaciones.

La dicotomía entre el algo y la nada no se agota específicamente en la utilización del código binario para la traducción de información a una lengua digital, sino que al ser de dimensiones universales podemos encontrar el mismo fenómeno aplicado a diferentes sistemas que guardan su sitio dentro de la configuración de la realidad.

Ahora bien, es de resaltar que los sistemas que entraremos a estudiar a continuación son de características eminentemente humanas, pues han sido configurados por el hombre para lograr un mejor entendimiento de la realidad, ancladas a su propia percepción de los fenómenos, pero recordemos que todos ellos están basados específicamente bajo los mismos conceptos del contenido y el vacío, el algo y la nada, que resultan ser de cualidades esencialmente cósmicas.

Arte.

El arte resulta ser una de las conexiones más genuinas que tenemos con el universo, pues a partir de esta los seres humanos somos capaces de tomar elementos de la realidad para reconfigurarlos y formar obras que estén guiadas regularmente por un criterio de belleza.

El arte es la disciplina que permite al ser humano traducir los mensajes del universo en escenarios específicos para ser comunicados a los demás sujetos de su género, contando con una particularidad de estilo que el autor imprime en cada obra.

La función del arte, contrario a lo que la mayoría pudiera pensar, se traslada a niveles mucho más allá que la mera contemplación estética, pues esta resulta ser de carácter fundamental a la hora de ejemplificar ideas críticas y controversiales que ayudan a interpretar el mundo en un lugar y tiempo determinado, razón por la cual no toda corriente artística se encuentra específicamente radicada en el ideal de belleza.

Pero esta disciplina, independientemente de su expresión, sigue funcionando a partir de elementos básicos que se puede traducir en su génesis como las partes de algo y nada, el contenido y el vacío, que entraremos a revisar a continuación.

Música.

Probablemente una de las expresiones artísticas más antiguas y de mayor reconocimiento en la historia de la humanidad, pues sus orígenes datan de la misma conciencia del ser humano y su necesidad de encontrar medios de comunicación a través del sonido, ya fuera emitido por sí mismos o por elementos de los que disponían a su alrededor para usar a manera de instrumento.

Por supuesto que la forma como concebimos la música ha evolucionado mucho, pero por distante que nos parezca su definición desde su inicio hasta la actualidad, esta se sigue rigiendo por los mismos principios.

Relacionamos aquello que concebimos como música con el sonido, como la producción de ondas que llegan a ser percibidas por nuestro sistema auditivo para generar una sensación agradable en nosotros. Sin embargo, uno de los elementos a los que se le presta poca atención y resulta ser de carácter fundamental para la configuración de la expresión misma es el silencio.

Es el silencio el que nos permite apreciar la verdadera presencia de los sonidos, el que permite el reposo de las sensaciones para experimentar el agrado que los sonidos nos brindan y es por eso que resulta fundamental su existencia para la composición de la música.

Si tomamos en cuenta la configuración entre el silencio y el sonido, vemos que estos funcionan de manera muy similar a un código, en la medida que la combinación de sus caracteres es aquella que nos permite disfrutar de las composiciones sin llegar a saturar ninguna de sus cargas, pues tanto un exceso de sonido como de silencio sería contraproducente para la experiencia.

Este fenómeno se puede apreciar de manera más evidente cuando estudiamos la manera en la que se escribe música, en el pentagrama, puesto que la música es arte que se desarrolla en el tiempo, y es a partir de la notación musical que encontramos los signos que refieren a la duración de las notas siguiendo un patrón de orden horizontal, puesto que figuras como la blanca, la negra y la corchea representan cuantos tiempos debe estar sostenida una nota en el tiempo. Pero además de esto, vemos que cada uno de los signos tiene un equivalente de silencio, por lo que existe también el silencio de blanca, el silencio de negra y el de corchea, por lo que ambos elementos resultan ser de carácter fundamental para el funcionamiento del código.

Igualmente, al expresar el estudio en un orden vertical, vemos que por cada nota que está sonando en un momento determinado, existen al menos otras seis, incluso más al tener en cuenta semitonos y octavas, que se encuentran en silencio, pues cada nota que decide ser entonada está renunciando al mismo tiempo a que las demás la puedan acompañar en esa misma fracción de tiempo.

Este fenómeno se puede evidenciar incluso mejor en las pequeñas cajas musicales, pues en estas podemos ver en tiempo real como los pequeños engranes activan las teclas al interior del

mecanismo, pero en el momento que una de estas se activa es porque encuentra en silencio las demás que la acompañan al mismo tiempo, por lo que igualmente el código continúa expresándose a partir de los mismos principios.

Por esta razón, el silencio viene a representar la ausencia en la lengua musical, al mismo tiempo que el sonido representa el algo, y entre ambos elementos son capaces de formular el código que permite el desarrollo de esta expresión artística.

Arquitectura.

Aunque en un principio la disciplina de la arquitectura estaba pensado únicamente como una disciplina habitacional, en la medida que su desarrollo estaba enfocado específicamente a establecer un lugar de refugio para los seres humanos, esta ha evolucionado de tal manera que la construcción de las diferentes edificaciones se ha ganado su lugar entre las disciplinas artísticas.

Por supuesto que la calidad de las estructuras formadas obedece a un criterio genuino de funcionalidad, dependiendo del fin específico con el que estas son diseñadas y construidas, pero aun desde que existe únicamente en un escenario ideal, los edificios son concebidos siguiendo criterios particularmente estéticos y conservando un halo de convivencia con el entorno.

Ahora bien, debemos partir del hecho que la arquitectura es arte en el espacio, por lo que debemos trasladarnos inmediatamente a un escenario de dimensiones físicas.

Podríamos empezar por imaginar un bloque de concreto gigantesco, de unos 3 metros de alto, 10 de ancho y 5 de largo, sin nada adentro más que el mismo material del que está hecho. La pregunta inicial sería si podríamos concebir este como un hogar habitable, e inmediatamente el sentido común nos haría responder que no, pues no cuenta con las características esenciales de un hogar, no puede distinguirse el techo, no existe ningún tipo de separación que permita diferenciar las habitaciones, en fin, le falta espacio.

Es aquí cuando entra a la escena el vacío, pues este es un elemento fundamental que nos permite diferenciar las partes de contenido entre sí, haciendo que una estructura cuente con espacios destinados a fines específicos, como el suelo, techo y paredes que distinguen sala, comedor, baño, cocina, etc., logrando que una mera construcción se convierta finalmente en un lugar habitable.

Suena curioso, pero los arquitectos, encargados diseño y construcción, construyen estructuras con aquello que no construyen, pues estos deben dejar ciertos espacios libres, vacíos, desprovistos de contenido, para que se puede llevar a bien su objetivo y lograr que las construcciones cumplan su función esencial.

Así, podemos evidenciar que la diada del contenido y el vacío continúa haciendo su aparición en los diferentes escenarios que estemos dispuestos a buscar, pues a partir de este se logran entrever leyes inscritas en los mismos parámetros de la realidad que llegan a ser interpretadas a partir del ingenio humano.

Escultura.

Como ultima expresión artística que entraremos a analizar esta la escultura, que desde el principio podemos enmarcar también como arte en el espacio, pues esta consiste en la transformación de materia elemental en verdaderas obras de arte.

Debemos admitir que la escultura desde sus inicios ha estado particularmente enfocada a la contemplación, por lo que no resulta extraño que esta disciplina este enmarcada en un concepto más cercano a la estética y la belleza de lo que pudieron estar las anteriores.

Como ejemplo podemos traer al escenario la misma figura del bloque, pero esta vez hecho de mármol y con dimensiones mucho menores, posiblemente 2 metros de alto y 1 metro de largo y ancho. Podemos percibir que en este estado primigenio el bloque tiene la posibilidad

de convertirse en virtualmente cualquier cosa, pero en el instante en que se imprima el primer golpe del cincel en el mármol, estaríamos renunciando automáticamente a la infinidad de posibilidades que se derivan de este, pues estaríamos haciendo una elección específica que nos guía en un camino, pero nos obliga a abandonar toda otra opción de volver atrás.

Es por esto que la escultura necesita igualmente del espacio, pues sus partes de contenido deben entrar a ser complementadas por partes de vacío que configuren un modelo específico.

Así, seguimos dejando en evidencia la configuración entre el algo y la nada para la estructura del código que refiere a fundamentos de la realidad misma.

Otras aplicaciones.

Lejos de una esfera artística podemos encontrar algunas otras actividades y disciplinas que, aunque parezca disimiles, siguen obedeciendo los mismos principios básicos del algo y el vacío

Lógica.

Inscrita disciplina de la filosofía, la lógica guarda una funcionalidad de características eminentemente matemáticas, puesto que sus procesos se fundamentan en cálculos que se sirven de igual manera que un código.

El trabajo de la lógica es partir de premisas, que para efectos de la ecuación se entienden de carácter axiomático, para llegar a un resultado de conclusión. Pero para ello, las premisas deben contar con una característica de validez, por lo que a cada una de ellas se le asigna valor que puede ser verdadero o falso, con el fin de que al final del cálculo se pueda evaluar la veracidad de cada una de ellas.

Aquí los términos del algo y el vacío vienen a ser resignificados por los valores de verdadero y falso, pero siguen remitiéndose a los mismos principios.

Braille.

Funciona como un sistema de lectura y escritura para las personas invidentes que encuentra su base en puntos dispuestos en una superficie para que puedan ser tanteados por las manos del interprete y logre descifrar el mensaje.

El código se expresa aquí en la medida que debe existir un vacío para poder diferenciar un carácter del otro, pero también dentro de la misma letra, la persona que interpreta debe “tantear el vacío” para descifrar el carácter al que se está refiriendo, por lo que el código cuenta con una parte de contenido y vacío que son igual de relevantes.

Código Morse.

Finalmente, tenemos un código que, aunque tiene una doble representación, pues para la determinación de este se utilizan puntos y líneas, ambas vienen a representar lo que es el algo, el contenido, mientras que los espacios existentes entre uno y otro carácter permiten la diferenciación entre los mismos y ayudan al intérprete a descifrar el mensaje.

Como podemos evidenciar, las partes del algo y nada están inscritas en nuestro lenguaje artístico y racional, pero encuentran su fundamento en las bases mismas de la realidad, en la medida que ambas esencias siguen funcionando a partir de los postulados propuestos por Heráclito para el movimiento del universo.

Por supuesto, esto no quiere decir que los fenómenos se adapten a la fuerza a la teoría, sino que, por el contrario, la capacidad interpretativa del pensador logra encontrar patrones inscritos en el lienzo de la realidad, logrando traducirlos a leyes que se expresan a partir de ciertos predicados.

Conclusiones

La realidad se define a partir de aquello que percibimos con los sentidos y lo que somos capaces de procesar a un nivel intelectual, por lo que el ser humano cuenta con las herramientas necesarias para distinguir lo real de lo aparente. Pero para poder encontrar una diferencia genuina el hombre cuenta con el *logos*, que le permite aprehender de manera racional los elementos presentes en el universo para explicar fenómenos desde una perspectiva alejada del pensamiento mítico.

El *theos* pasa a ser una fuerza suprema que rige todo aquello que se presenta en el universo, desprovisto de toda corporalidad y voluntad, remitiéndose únicamente a un concepto que condiciona la naturaleza misma de las cosas.

La materia prima del universo que habita en todo aquello que tiene masa es conocida como *pyr*, y esta referida específicamente a los objetos físicos.

Para Heráclito el *logos* refiere al alma y la capacidad del ser humano para superarse y entender el mundo, el *theos* tiene características eminentemente ontológicas que separan al hombre de dios y del mono, y el *pyr* es representado como un fuego siempre vivo que data de los orígenes del universo.

Según Heráclito el concepto supremo que reina en el universo es el conflicto, y todo lo que existe dentro de este se encuentra condenado a entrar en disputa.

La teoría de los contrarios en Heráclito esta referida a dos fuerzas primigenias que están destinadas a entrar en conflicto eterno, pero sin buscar su mutua destrucción, dotándose entre sí de identidad y dando equilibrio y movimiento al universo.

Los contrarios son percibidos como conceptos despojados de todo dejo de moralidad que entran a interactuar de manera neutral con el orden universal.

El orden y el caos son un ejemplo de la teoría de los contrarios en la realidad, pues son una diada referida a conceptos de dimensiones universales, son la explicación opuesta de un mismo fenómeno y está llamada a la eterna lucha entre sus partes.

El *Eros* y el *Tanathos* funciona de igual manera para explicar la teoría de contrarios, pues además de su componente literario, remite a fenómenos universales que trascienden la condición humana y se enmarca dentro de la definición conceptual.

La luz y la oscuridad, más allá de ser fenómenos físicos, representan conceptos contrarios que ayudan a configurar la realidad a partir de los diferentes efectos que producen en el universo.

El algo y la nada funciona a como un código que ayuda a configurar la realidad y permite al ser humano emular el mismo lenguaje universal para actividades de su propio interés.

La teoría de los contrarios propuesta por Heráclito, más allá de una mera suposición filosófica, resulta ser una explicación válida de los componentes esenciales del universo en que vivimos, que establece las leyes que rigen el cosmos al denotar que los eventos de dimensiones universales se explican en su esencia en el conflicto de los contrarios, fuerzas que se remiten al origen de todas las cosas y encuentran en su complemento un punto para disputar entre sí y lograr un equilibrio en los dominios de la realidad.

Todos los seres y todas las cosas en el universo están supeditadas a las diferentes diadas que hemos presentado, al orden y el caos, el *Eros* y el *Tanathos*, la luz y la oscuridad, y el algo y la nada, pues todos estos son fenómenos que en su base son referidos como conceptos pero que tienen incidencia real en el mundo físico al punto de condicionar muchas de las actividades que se presentan en la realidad, tanto a nivel universal como humano, desde el día y la noche, el frío y el calor, la vida y la muerte, hasta los fundamentos del arte y el código binario.

Vemos que nuestros sistemas de procesamiento son en realidad imitaciones de los fundamentos de la mecánica universal, pues logramos abstraer los principios básicos de esta para traducirlo a un lenguaje racional y aplicarlos a nuestras necesidades humanas.

La teoría de los contrarios de Heráclito prueba ser una muy cercana a la explicación de la realidad, pues hemos visto diferentes escenarios que sirven de ejemplo para probar la aplicación de dicho ideal a nuestra experiencia, demostrando la íntima relación que guardamos, así como todas las cosas, con los contrarios universales que configuran la existencia y que permiten el funcionamiento de todo lo que existe al entrar en disputa.

Los contrarios llegan a establecer las bases de la realidad al definir el movimiento del universo, a partir del conflicto en que entran sus opuestos, y esto llega a afectar de manera directa la manera en que los seres humanos nos relacionamos con la realidad y la naturaleza, así como la manera como compartimos entre nosotros mismos.

El funcionamiento del ser humano basado en contrarios nos permite ubicarnos a nivel universal, pues esta concepción nos dota de un lugar en el cosmos al entender que estamos en el medio de la lucha de diferentes opuestos, ampliando de manera drástica nuestro conocimiento sobre la realidad y sobre nosotros mismos.

Recomendaciones

Con el fin de dar continuidad a la labor investigativa por la misma línea de Heráclito, un posible paso a seguir sería la búsqueda de los contrarios anclados específicamente a la percepción humana, es decir, evaluar la manera como los contrarios se manifiestan en la sociedad construida por el hombre y averiguar en qué medida esta formación resulta ser un eco del conflicto a escala cósmica.

Igualmente, existe la opción de estudiar si el conflicto se encuentra entrelazado con su propio contrario, como las diadas filosóficas presentadas a lo largo de este escrito, que podría ser considerada como la resolución del conflicto, transformando la idea de la disputa como fuerza superior del universo y abriendo paso a una posible reconciliación de los elementos de la realidad.

Referencias

- Aguilera Quiroz, S. (2019). Consideraciones sobre el tiempo en Heráclito de Éfeso: Considerations on Time in Heraclitus of Ephesus. *Historias Del Orbis Terrarum*, 22, 8–24.
- Aguilera Quiroz, S. (2014). Dios, Lógos Y Fuego en Heráclito. *Byzantion Nea Hellás*, 33, 11–27.
- Álvarez Salas, Omar (2008). Alma, cosmos e intelecto en el pensamiento presocrático: de Tales a Heráclito. *Nova Tellus*, 26(1),19-54. ISSN: 0185-3058.
- Aragüés Aliaga, R. (2021). Una ruta de Kant a Hegel. Destino: ¿McDowell? *Revista de Filosofía*, 46(2), 355–371.
- Araya-Moreno, C. (2016). Escritura binaria, felicidad y juego en la filosofía de Leibniz. El origen teológico del código binario de Leibniz. *LifePlay: Revista Académica Internacional Sobre Videojuegos*, 5, 17–41.
- Benioff, C., Weiss, D. (guionistas) y Taylor, A. (director) (1 de abril de 2012). The North Remembers (temporada 2, episodio 1) [Episodio de Televisión]. En Benioff, C.D., Weiss, D., Strauss, C., Doelger, F., Caulfield, B., Cogman, B., Sapochnik, M. y Nutter, D. (productores ejecutivos). *Game of Thrones*. HBO; Television 360; Grok! Studios; Generator Entertainment; Bighead Littlehead.
- Buch, S. R. M. (2008). *Antología: Historia de la Filosofía. Filosofía Antigua*. La Habana, Cuba: Editorial Félix Varela.
- Faciolince, A. H. (2018). *El olvido que seremos*. Penguin Random House.
- Foster Wallace, D. (2014). *Esto es agua*. Literatura Random House.

- Garagalza, L., Marder, M. y Ortiz-Osés, A. (2019). Las raíces de la physis. *Utopia y Praxis Latinoamericana*, 24, 67-75.
- García Márquez, G. (2015). *El amor en los tiempos del cólera* (1a ed.). CDMX: Diana.
- Gardella, M. (2021): Heráclito de Éfeso, Cleobulina de Lindos y la tradición de los enigmas, en *Revista de Filosofía* 46 (1), 45-62.
- Hülsz Piccone, Enrique. (2005). La unidad de la filosofía de Heráclito. *Tópicos* (México), (28), 13-49.
- Jaeger, W. (1952). *La teología de los primeros filósofos griegos*. CDMX: Fondo de Cultura Económica.
- Lozano, V. (2005). El orden del mundo y su explicación analógica en Aristóteles. *Espíritu: Cuadernos Del Instituto Filosófico de Balmesiana*, 132, 331–348.
- Lugones, L. (2020). Hay algo nuestro que se está muriendo... Antología poética. *Un libro por centavos*, 171. Bogotá: Editorial Nomos S.A.
- Mesa, J. (2009). Del mito al logos y el origen del concepto de physis. *Revista Katharsis*, 8, 111-132.
- Minkoff, R & Allers, R. (directores). (1994). *El Rey León* [Film]. Walt Disney Pictures.
- Negrete Alcudia, J. A. (2019). Heráclito, la luminosa oscuridad: Heraclitus, a luminous darkness. *Ápeiron: Estudios de Filosofía*, 11, 115–129.
- Neumann, H. (2009). Intensidad y realidad. A propósito de dos conceptos centrales de la filosofía de Kant. *Thémata. Revista de Filosofía*. Número 41.
- Pirela Morillo, Johann, & Peña Vera, Tania (2007). La complejidad del análisis documental. *Información, cultura y sociedad: revista del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas*, (16),55-81. ISSN: 1514-8327.

Saint-Exupéry, A. D. (2015). *El principito* (1a ed.). CDMX: Colofón.

Saramago, J. (2015). *Las intermitencias de la muerte* (1.a ed.). Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial SA de CV.